



DIVA BISHOP

Revisão

LOTERIA

N.º 206

FEBRARO DE 1971

LIC. OSCAR POVEDA

Orígenes del hombre
panameño

"Me atrevería a censurar a muchos de nuestros historiadores de antaño y hogaño, de no haber comprendido a Panamá en el tiempo ni en el espacio".

Carlos Manuel Gasteazoro

Si en la búsqueda del ser del panameño deseamos inmiscuirnos en su esencia para buscar los orígenes más remotos de su haber existencial; esto es, los elementos más primitivos que coadyuvaron en la formación de el panameño como realidad presente, debemos escarbar en la Historia partiendo del supuesto apriori de la existencia de lo panameño. Esta búsqueda histórica debe arrancar de tres esquemas vivenciales diferentes, a saber, la población indígena prehispánica, el populacho castellano de los tiempos de Fernando e Isabel y, en tercer lugar, los pobladores negros de las costas occidentales africanas. Tres elementos indíge-

nas, blanco europeo y negro africano; cada uno con caracteres propios y distintos que como tres mundos se encontraron en el sitio lógico, en el puente del mundo. Y no fue un abrazo de hermanos ni un concierto humanístico lo que se llevó a cabo entonces, sino por el contrario; en menos de lo que se evangeliza un pagano, se decapitó una cultura, se saqueó un continente, se humilló a más de una raza, se practicaron las más inmorales teorías y funcionaron las más mortíferas armas de la época. Todo ello en el preludeo, en el "encuentro", del que al pasar los años saldría un hombre, el panameño.

Veamos ahora quiénes fueron esos individuos, tratemos de echar atrás la Historia y reconstruyamos los hechos.

Decíamos que una de las fuentes remotas que estudiábamos eran los indígenas que habitaban el Istmo, como quien dice, los dueños de casa. Si bien no se niega que fueron los indígenas los que tuvieron mayor participación en el "encuentro" (1), fueron ellos mismos los peor librados; víctimas de la más descarada masacre y explotación cayeron en masa llevándose su pensamiento, sus instituciones básicas, economía, religión, política, concepción de vida y hasta su propia dignidad de raza; murieron allí; quedaron debajo de las ciudades castellanas o se pudrieron en las montañas. La base indígena istmeña fue en pocas palabras decapitada, reemplazada, perpetuándose sólo a través de una cierta tonalidad morena de nuestra piel.

Respecto de los conquistadores y colonizadores españoles, que a la postre fueron los que se impusieron, vale la pena detenerse un momento y ver qué clase de gente fue esa que vino al Nuevo Mundo, que desembarcó en Tierra Firme; que, desde ese mismo momento, implantó un esquema mental que prevaleció a través de los años y gene-

raciones posteriores. Su procedencia y sus objetivos americanos nos explicarán muchas incógnitas istmeñas ya que ellos construyeron varios siglos de nuestra existencia según su voluntad, sus leyes y sus marcos ideológicos.

Al unirse Fernando de Aragón con Isabel de Castilla, la vida en la Península se hizo efectivamente al modo de Castilla. Diferentes circunstancias colocaron a España a la cabeza del poderío económico, político y militar de Europa. Consolidado el Estado español un enorme arsenal de armas y soldados vagaban ociosos por las numerosas posesiones reconquistadas. Castilla dibujada entonces por los patrones de nobleza medieval, con una autocracia minoritaria consolidada con las nuevas posesiones producto de las campañas de Reconquista y el resto compuesto por las masas campesinas y la soldadesca ociosa, con todos los ingredientes que este tipo de figura social suponía. Si tomamos en cuenta, que la aristocracia castellana se preocupó poco y hasta se mostró indiferente al respecto comprendemos que la conquista de América fue una empresa inminentemente popular; de tal modo que lo que se trasladó al Nuevo Mundo no fue precisamente la clase culta, solvente, ni siquiera

(1) Sería ocioso tratar de demostrar la enorme población que había en el Istmo antes de 1500, para lo cual basta remitirse a un mapa demográfico de la época, tal cual el que nos muestra la doctora Elsa Mercado en su "Hombre y Tierra en Panamá, siglo XVI"; Talleres Sumgraf, Madrid, 1959.

las nacientes burguesías aragonesas, sino lo otro, el pueblo inculto, temeroso de la Inquisición, fanático religioso, desconocedores de las innovaciones renacentistas, en fin, guerreros sin oficio y aventureros sedientos de oro y prestigio, sobre todo de lo primero. Y eso fue precisamente lo que encontraron en las nuevas tierras, riquezas inmensurables, enormes territorios poblados por primitivos ingenuos que cambiaban aretes de fino oro por cascabeles, que temieron del fusil como del trueno, que se dejaron esclavizar sin la menor resistencia y que si morían, escapaban o desaparecían había miles y miles más para suplantarlos, amén de las implicaciones morales.

El tercer elemento que mencionábamos como factor predominante en la construcción del panameño es el negro de procedencia africana. Varios aspectos resaltaban en la llegada de este importante elemento, entre otras, su venida involuntaria y su carácter de mercancía para la venta y esclavitud; además, el visitante africano arribó con esquemas y actitudes propias, muchas de ellas tan primitivas como las del indígena nuestro. Tampoco hay que olvidar que el negro traído al Istmo provenía de diversas regiones africanas con tradiciones y experiencias disímiles. Sin necesidad de profundizar, por el momento, no hay duda que la "presencia negra" en el Istmo es uno de los factores realmente básicos, des-

pués del castellano para la comprensión de nuestro hombre.

Descorramos el velo ontológico y tratemos, pues, de justificarnos históricamente.

A. PATRIMONIO HISPANO

No sólo la presencia física sino el predominio económico, político, socio-cultural e ideológico del grupo español en Tierra Firme durante toda la Colonia, nos desligó prácticamente del proceso indígena que se desarrollaba en la América para conectarnos al carruaje mental occidental cristiano. La europeización de los aborígenes y negrería es el elemento predominante del período histórico de dominación hispana; canonizar, educar, negociar, no eran sino las medidas en la que los otros grupos se hacían al nuevo y extravagante modo de ser.

A.1 SIGLO XVI

Desde tiempos prehistóricos el Istmo fue utilizado por los pobladores indígenas como puente de tránsito y enlace entre las dos grandes masas continentales de Norte y Sudamérica. La llegada de Colón y sus compañeros constituyó un fenómeno espectacular e insólito en la vida de estos pobladores. En poco tiempo las riendas históricas del Istmo las tomaron los visitantes blancos.

Es ya del común conocimiento que cuando Cristóbal Colón zarpó de Cádiz en 1502, hacia las tierras americanas en su famoso Cuarto Viaje, traía la

misión y la certeza de encontrar un “paso de mar” que él calculó debía estar justamente en nuestro istmo. Los posteriores viajes realizados a estos lares traían invariablemente el propósito de encontrar el “estrecho” o paso marítimo hacia las especias, cuyos territorios ellos calculaban estaban detrás de la muralla continental que se les anteponeía. Pero además de las posibilidades de encontrar el buscado pasadizo había algo que llamaba poderosamente la atención de los recién venidos; las muchas y enormes riquezas auríferas que brillaban a flor de tierra. Oro y estrecho, dos motivos suficientemente atractivos para la movilización hispana y ocupación del Istmo.

Gran júbilo causó al Rey don Fernando cuando Arbolancha le informó sobre el hallazgo de Vasco Núñez de Balboa, el Mar del Sur, en cuya trayectoria, desde el Atlántico, se encontraban fabulosas riquezas; “el oro se pesca con redes” decía Balboa en sus cartas y el Rey, conmovido, llamó a esta parte, Castilla del Oro. Descubierta el Pacífico y reconocida la costa Atlántica se abre el territorio a las exploraciones internas; la masacre indígena fue el signo sobresaliente ya que “los hombres que realizaron la Conquista no eran propiamente hablando

personas preocupadas por evangelizar estas tierras ni por llevar “la cultura” a estas latitudes” (2), llegando hasta ponerse en duda la racionalidad del aborigen, que ellos llamaron “indio”.

La extraordinaria expedición ordenada por el Rey, y dirigida por Pedrarias Dávila, al Istmo es “El primer ensayo de colonización española con un régimen genuinamente español que habría de inaugurar en América la espléndida legislación colonial de las Leyes de Indias” (3). Pedrarias venía equipado con instrucciones y suficiente equipo para fundar ciudades estratégicamente situadas que sirvieran de base para descubrir otras tierras y aprovechar las riquezas naturales, incluyendo al indio.

Las expediciones colonizadoras ordenadas por Pedrarias a través del Istmo, además de cumplir su cometido se caracterizaron por su brutalidad en el trato con los indios. Cuenta Oviedo que más de dos millones de indios fueron sacrificados por Pedrarias y sus segundos. Se cumplía así la primera etapa del “encuentro”.

Para 1519 el centro de la vida en Castilla del Oro se trasladó al sector Atlántico (Santa María la Antigua) al Pacífico, con la fundación de la ciudad

(2) Más detalles en: CHONG, Moisés; “Historia de la Cultura en la América Latina”, folleto, Panamá, 1970, Pág. 24.

(3) Anónimo, “Descubrimiento y conquista de Panamá”, trabajo de graduación, Universidad de Panamá, 1949, Pág. 8.

de Panamá. Pedrarias fundó la nueva ciudad con el deseo de establecer una línea vertical transísmica con Nombre de Dios, "la población indígena de la ciudad de Panamá, que en los primeros momentos de su fundación era la que predominaba, se fue reduciendo hasta prácticamente desaparecer", también anota la doctora Mercado que tampoco los peninsulares eran pobladores incondicionales pues como se sabe, a raíz del sitio inapropiado que se escogió para su instalación y los muchos problemas de salubridad que surgieron, al querer trasladar el sitio "los pobladores no buscaron solución por ser gente de paso que sólo deseaban enriquecerse para volver a España" (4). Todo esto determinó que el crecimiento de la capital fuera relativamente lento si consideramos que para fines del siglo los residentes no pasaban de ser unos 500 vecinos.

La llegada de la población negra marca el segundo paso del "encuentro" humano en el Istmo del siglo XVI.

Para 1508, el Rey autoriza una licencia para introducir a las Indias 4,000 negros de ambos sexos con el fin de que reforzaran el trabajo de los indios como mano de obra. Como se sabe, desde el primer momento este elemento humano

fue objeto de maltrato y abuso; se le explotó en el laboreo de las minas, pastoreo y labranza y como arrieros. Luego se hizo necesario la importación de nuevos contingentes de negros cuando en 1526, el Rey Carlos V, proclamó la liberación del indio, dada su rápida extinción:

"Se hizo bien marcado el mal trato que los peninsulares daban a esos elementos, de tal modo, que muchos optaron por fugarse a las selvas y se declararon abiertamente como rebeldes ante las autoridades coloniales. Esto dio origen a que en 1548, los negros rebeldes denominados "cimarrones" organizaran una monarquía y reconocieran como rey a su jefe de nombre Bayano. Los negros en rebeldía atacaban constantemente a los viajeros que tenían que transitar por el Camino Real Interoceánico" (5).

Antes de finalizar, el siglo, hacia 1575, se calcula que debieron existir en el Istmo 8,629 negros, de los cuales unos 2,500 se habían alzado contra sus amos y las autoridades. De ésto se vislumbra que para ese entonces los negros sobrepasaban en número al total de la población blanca e indígena de la zona transísmica; y mientras los cimarrones "mantuvieron sus relaciones con los ingleses, fueron aliados de Oxcham y de todos los bucaneros que transitaron el

(4) MERCADO, Elsa, "El hombre y la tierra en Panamá, s. XVI", Pág. 207.

(5) JAEN, Jr. Ricardo, "Problemas socio-económicos de Panamá", Librería Avance, S.A., Panamá, s/f., Pág. 34.

Darién para ofender el poderío español" (6), los negros domésticos o esclavos desarrollaron innumerables mecanismos de adaptación y asimilación de lo hispano.

No menos importante para nuestro propósito son los sucesos ocurridos en el resto del territorio istmeño, es decir, en las áreas alejadas de la zona transístmica. De gran utilidad nos ha sido la consulta de la muy documentada y rica en informaciones obra de Alfredo Castellero Calvo en sus "Estructuras sociales y económicas de Veragua...", de la cual nos valdremos casi exclusivamente para dibujar el esquema de vida de la región.

Si bien Colón daba noticias de esa rica región istmeña, la algarabía que ocasionó el descubrimiento del Mar del Sur hizo que la política colonizadora se concentrara en ese estrecho de tierra. De allí la fundación de Nombre de Dios y Panamá, desde donde se descubre y conquista el esplendoroso Perú dando por consiguiente que a Veragua se le relegara convirtiéndola "en un periférico rincón selvático, amado por sus ricos yacimientos de oro, harto tentadores para muchos, pero, como ha mostrado

la desastrosa armada de Nicuesa, extremadamente esquivos" (7). No obstante, desde 1522, estaba Natá enclavada en el centro del Istmo, esperando las huestes necesarias para el salto a Veragua, unido a la insistente propaganda sobre las riquezas del lugar, cosa que no desconocía ni dejaba de mortificar a la Corona y a los más arriesgados aventureros quienes intentaron, varias veces, arremeter contra la selva y los indios de Urracá. Pero los militares y los valientes conquistadores que pasaban por Panamá no pensaban entonces en detenerse aquí ansiosos de ser los primeros en la rebatiña del oro incaico. Pero cuando los cupos se limitaron y la codicia no cabía ya ni en Perú ni en la Península, las ciudades istmeñas se vieron abarrotadas de soldados y aventureros insurgentes llegando a hacer imposible la vida económica y política en las urbes transístmicas, "En esas circunstancias el expediente veraguense se ofrecía como una fórmula ideal" (8). También la abolición de las Encomiendas ocasionó el desplazamiento de los pobladores de Natá por las campiñas sabaneras, entre 1550 y 1558. Estos hechos fueron determinantes en la composición de la hueste y, asimismo, observa Castellero

(6) CARLES, Rubén, "220 años del período colonial en Panamá", Talleres de Artes y Oficios, Panamá, 1969, Pág. 37.

(7) CASTILLERO CALVO, Alfredo, "Estructuras sociales y económicas de Veraguas desde sus orígenes, siglos XVI y XVII", Ed. Panamá, 1967, Pág. 31.

(8) Más información en la obra de Alfredo Castellero Calvo antes citada.

Calvo, son las características específicas de los dos elementos humanos básicos —soldados y aventureros desde la capital y los despojos encomenderos natariegos— que la integran, los que determinan las peculiaridades que exhibió, así como la estructura socio-económica definitiva de que fue objeto Veragua, a través de los siglos que, básicamente aún conserva.

A lo largo del siglo, Veragua fue invadida y explotadas sus riquezas hasta donde los instrumentos que poseían y la fuerza del indio, increíblemente reducido, y negros importados daban, lográndose extraer cantidades de oro comparables a las más ricas minas del continente, hasta 1589 en que los equipos no daban más y los visitantes recogieron su fortuna, su equipo y sus esclavos y se mandaron a mudar. Los pocos que se quedaron buscaron supervivencia en el agro y en la encomienda indígena. El mestizaje fue el rasgo predominante.

En el aspecto social, en Natá, en un principio rigió un modelo social que consagraba la desigualdad de sus miembros ante la ley, esto es, una sociedad de privilegios basada principalmente en el color de la piel, las fuentes de poder estaban reservadas a la población europea. Por debajo de esta aristocracia de la tierra estaban los blancos menos afor-

tunados, los mestizos, los indígenas en encomienda y los negros incorporados. Al suprimirse la encomienda, en 1558, la cúspide social se vio afectada por el empobrecimiento de los latifundistas, por lo que se incorporan a ella los ganadores y agricultores no latifundistas, es el caso típico de estructuración social de la recién fundada Villa de Los Santos. Al agotarse el mercado minero de Veragua, hacia 1589, hubo una nueva desintegración urbana y llevó a los excursionistas hasta Alanje y Montijo. Los que permanecieron en los poblados —Natá y Los Santos— pasaron a ser respetados como tal. La vida en las ciudades se identificó con la superioridad social, en cuanto se reservaron las fuentes de dominación social los oficios burocráticos y los cargos de justicia. Un amplio mestizaje se llevó a cabo en la campiña rural (9).

Al finiquitar el siglo XVI ya se había prácticamente realizado el proceso de descubrimiento y conquista del Istmo y se encontraba en la fase colonizadora.

En términos generales la política económica imperante fue la mercantilista, si bien no es falso que “el mercantilismo español estaba cimentado sobre otros supuestos nativos, resultado de la expulsión del elemento judío y musulmán, en 1492, que dejó a España económica-

(9) Sobre la fundación y características socio-económicas de la Villa de Los Santos, ver la obra de Alfredo Castillero que comentamos.

mente pobre. Y es que había en el Reino de Fernando e Isabel una mentalidad de intolerancia religiosa, huidiza en cierto sentido de la conciencia capitalista en su prédica contra la práctica de la usura... El mercantilismo español, fue en lo esencial un sistema proteccionista de los intereses de la Metrópoli... intervencionismo en los intereses privados, monopolio en el comercio y la navegación” (10).

La Corona mientras tanto no había perdido la esperanza de encontrar un paso natural que uniera a los dos mares. Para 1523 Carlos V escribe a Hernán Cortés instándole para que busque cuidadosamente el pasaje, en 1533, la Reina ordena una nueva expedición, si bien, ya en 1527, De la Serna, Corzo y De la Cuesta habían reconocido el cauce del río Chagres y vislumbrado la posibilidad de su uso como canal natural. En 1567, Felipe II, encarga al ingeniero

Juan B. Antonell para realizar estudios de factibilidad, quien luego hace un informe sobre las enormes dificultades que su construcción representaría y recomendando, a la vez, la construcción de Portobelo y el uso de la vía Chagres.

Respecto de la vida cultural e intelectual, cabe señalar que los españoles trajeron una Filosofía basada en los principios aristotélico-tomistas, la Religión llegó a imponer una especie de censura a la libertad de pensamiento y es de todos sabido, la famosa lista de “libros prohibidos”, huérfanos de las innovaciones renacentistas, se impuso una concepción medieval del mundo. “Mídase la magnitud del vacío —en la actividad intelectual— considerando que Menéndez y Pelayo nada dice de Panamá en su Historia de la poesía hispanoamericana, tan rica en información y buen sentido” (11).

(10) CHONG, Moisés, “Historia de la cultura en la América Latina”, Pág. 28.

(11) MIRO, Rodrigo, “De la vida intelectual en la colonia panameña”, Editora Nacional, Panamá, 1944, Pág. 10.

*Cémaco, señor del Darién
y protector de Tierra Firme*

Introducción:

Los panameños hemos aprendido la Historia de los conquistadores de la Península Ibérica, no sólo porque nuestros cronistas coloniales son importados de España, sino porque los historiadores de nuestro siglo, después de fundada la República, siguiendo las mismas huellas, han sido esmerados en ponderar el heroísmo de los blancos europeos.

Nuestra tierra cosmopolita es la conjunción de diversos grupos humanos y no debemos desestimar la importancia del aborígen, de él hemos heredado el amor por nuestra tierra,

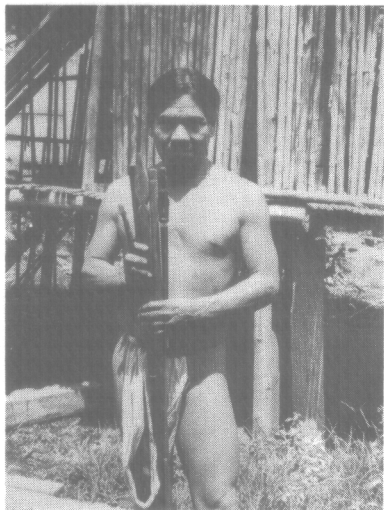
Y sin embargo, durante sucesivas generaciones nos hemos sentido espiritualmente descendientes de España, pero trans-

plantados a América; con vergüenza hemos ocultado nuestro mestizaje, y con encendido entusiasmo nos hemos dedicado a evocar la epopeya casi mitológica de los guerreros españoles, que vinieron a traernos la civilización occidental.

Las hazañas del Almirante Colón en Veraguas, las proezas de Pedro Arias de Avila, las expediciones de Gaspar de Espinoza, las aventuras del Adelantado del Mar del Sur ...

Hemos repetido esta Historia como una salmodia, apegándonos al texto de los cronistas con todos sus adjetivos.

Jamás hemos hecho el esfuerzo de iniciar una nueva evaluación de los hechos en base a un criterio auténticamente nacional.



CEMACO. Señor del Darién y Protector de la tierra firme.

Para nosotros Vasco Núñez de Balboa es un héroe epónimo, un símbolo de la patria: lo hemos inmortalizado en bronce y plata, y no lo es CEMACO, que lo combatió para defender con su ballesta la tierra de nuestros antepasados.

La sevicia del primero ha sido digna de alabanzas, la hemos repetido de generación en generación, enseñándola a quienes se inician en el estudio de la Historia Patria.

Pero Balboa es un usurpador de nuestros derechos, sólo vino a dividir los pueblos de nuestra casa, a engañarlos con abalorios, y finalmente a someterlos a la servidumbre.

Salvo Urrabá o Urraca, nuestros valores autóctonos pasan desapercibidos, sin considerar que ellos son la más importante

simiente de nuestra personalidad.

Debe empezar a interesarnos la figura de Cémaco porque conjuntamente con el Quibián, son los primeros panameños que tienen conciencia de la propiedad de la tierra; para ellos el espacio geográfico es algo sagrado que debe ser conservado y defendido.

Y sin embargo, Cémaco tiene aún mucho mayor valor que el Quibián, sin que desestimemos al guerrero veraguense.

El dirigente darienita enfrenta con determinación al intruso que viene del Mar Océano rechazando toda alianza, no acepta obsequios ni diálogo con el invasor: su único lenguaje es de la lucha sin tregua, El combate sin considerar las diferencias de las armas del adversario.

I El Quibio, defensor de Veragua:

A principios del año de 1503, perseguido de las inclemencias del tiempo, el viento y las lluvias torrenciales, arribó el Almirante del Mar Océano a la costa norte de Veragua.

Había oído por los naturales de otras tierras circunvecinas, que había ahí ricas minas de oro.

El Quibio, señor de esos dominios, al tener noticias de la llegada de Colón, se aprestó a recibirle con muestras de gran amistad, ofreciéndole aquellas cosas que le eran de más valor.

Conducido por la gente del cacique indígena, en búsqueda de las riquezas de las cuales había oído hablar, realizó una penetrada incursión sobre la tierra adentro, concertando visitas con algunos jefes indígenas, y los cuales le hicieron en igual forma muestras de amistad y obsequios: Dururí, Zobrada y Cateba.

De regreso a donde estaban sus naves, a las orillas del río Belén, les sobrevino un mal tiempo de vientos y lluvias, que le ocasionaron serios daños a una de las naves.

Eran tantas las lluvias que los españoles temieron por las corrientes y a no ser porque las cortaron diciendo el evangelio de San Juan, les hubieran sobrevenido males aún peores.

Decidió el Almirante, acompañado de sus lugartenientes los capitanes Diego Méndez y Francisco de Porras, fundar, a una legua de la desembocadura del río Belén, una población a la que dieron el nombre de Santa María de Belén y la cual empezó a establecerse en los primeros días del mes de Marzo de 1503.

Inquieto el Quibio por la permanencia de los invasores, empezó a elaborar un plan secreto para atacarles, prendiendo fuego a las escasas viviendas ya levantadas, y matar a los cristianos.

Desagrado el Almirante por la inesperada reacción del Quibio, a quien creía su amigo, dispuso detenerle y llevarlo

cautivo a la Española, junto con otros indígenas del lugar.

El Quibio no pudo huir de los hombres de Colón y fue llevado con ataduras, a una de las embarcaciones de los españoles, de donde se escapó haciendo uso de un gran ingenio.

Libre el Quibio, alertó a sus gentes, quienes atacaron con gran fiereza a los castellanos, causándoles graves daños a causa de sus dardos y lanzas.

Incómodo el Almirante de este contratiempo y fatigada su tripulación por tantas dificultades anteriores, decidieron encaminarse a la Española, en busca de un lugar seguro, en donde ponerse a salvo.

El rechazo de los españoles, por parte de los guerreros veraguenses, dió por terminada la fundación de la primera aldea europea en la Tierra Firme, constituyendo la primera defensa de nuestra patria por parte de sus naturales.

II Cémaco, señor del Darién:

En el año de 1509 se reinició una nueva expedición a Tierra Firme, encomendada a Diego de Nicuesa y a Alonso de Ojeda; mas la astucia de Vasco Núñez de Balboa, tomó el mando de los expedicionarios, haciéndose elegir responsable por la colonización, desconociendo todo mandato real.

En ese mismo año estableció la población de Santa María La Antigua del Darién, organizando

de inmediato el reconocimiento de las tierras vecinas.

Pero quien con tanta facilidad había logrado desconocer a Nicuesa y Ojeda, para imponer su autoridad personal, no contó con que muy pronto tendría que utilizar armas distintas para sortear a un enemigo implacable, que no se dejaría engañar fácilmente, un panameño que es casi una leyenda: CEMACO.

Es indefinida la ubicación geográfica del cacique indígena, y sin embargo, el monarca español Felipe II, lo convirtió en marca de nuestros linderos, al advertir:

—Porque los límites de la provincia de Cartagena empiezan desde el río grande, que parte en términos con el de Santa Marta, hasta el otro río grande que corre por el Golfo de Urabá, con setenta leguas de costa,

Declaramos que la culata del Golfo de Urabá en donde estaba el cacique Cémaco, toca a la gobernación de Tierra Firme. ()*

*Nos el Rey
Felipe II*

Algunos mapas coloniales sitúan a Cémaco junto a la sierra, en el litoral Atlántico y bordeando las faldas del Tagarcuna.

El es el primer guerrero indígena que desarrolla una estrategia para hostilizar al conquistador europeo. En ningún momento es combatiente víctima de la duda, jamás es hombre cautivo.

Con un arrojo indescriptible, pero lleno de astucias, es un

hombre repleto de determinaciones agresivas, que no se amilana ante la superioridad del enemigo.

En todo momento es el defensor arrestado de su territorio.

Cuando llegan los cristianos, no se acerca curioso al encuentro, con gran cautela, empieza primero por observarles.

Balboa acaba de fundar Santa María la Antigua y encomienda a Francisco de Pizarro y a Rodrigo de Colmenares para que efectuen algunas expediciones en busca de provisiones.

Pizarro y Colmenares son sorprendidos por Cémaco, quien tomando la iniciativa les humilla infringiéndoles un revés que les obliga a regresar a la población, para refugiarse del combate.

Esta derrota no se la perdonará Rodrigo de Colmenares, hombre lleno de odios contra la población indígena.

Este triunfo otorgó a Cémaco un gran prestigio, facilitándole el reclutamiento de los caciques Abibeiba, Abenamague y Abraiba, con los cuales reunió quinientos combatientes para arremeter contra los cristianos.

Y sin embargo, los españoles diezmados por el hambre, precisamente después de haber huido de San Sebastián de Urabá, decidieron evitar nuevos encuentros con Cémaco. Balboa había advertido a sus compañeros con anterioridad, que los indígenas de esta parte del Atrato, no eran hostiles, y no utilizaban

flechas envenenadas, y sin embargo, Cémaco les estaba demostrando lo contrario.

Esta desagradable experiencia frente a los naturales de esta tierra, los obligó a emprender un camino distinto, para no correrse el riesgo de exponerse a un adversario tan temible.

Observando el mapa de la conquista, podemos seguir la ruta que realizaron entonces, circundando la costa hasta encontrar a Careta, hombre débil, a quien los españoles torturaron sin objeto, era una especie de venganza enferma por las bajas sufridas.

Junto a Careta vivían algunos españoles, restos de la expedición de Diego de Nicuesa, quienes advirtieron a los castellanos, que Careta los había tratado con afabilidad, y que era un hombre inofensivo, capaz de serles útil.

Siguiendo el consejo, aceptaron el auxilio de Careta, considerando que no tenía objeto incomodarse por un hombre que aceptaba sin resistencia la autoridad que se le imponía.

Este cacique indígena podía convertirse en una valiosa ayuda por su conocimiento del lenguaje de las otras tribus vecinas.

En prenda de conciliación, Careta obsequió a Vasco Núñez su propia hija, y ésta fue determinante para el éxito de los españoles, tanto en la lucha contra sus propios hermanos de ra-

za, como en la búsqueda del camino hacia el Mar del Sur.

A Careta se le unió Comagre, quien al parecer era pariente del primero; ambos participaron en un ataque organizado por los españoles contra Ponca, y contra otras tribus darienitas.

Este triunfo de Balboa, contribuyó a que nuevos grupos indígenas le brindaran su apoyo, por el temor de verse maltratados por los cristianos.

Los aborígenes entregaban a Balboa, el producto de su trabajo, maíz y otras cosas de comer, con las cuales se sostuvo el ejército español en sus largas travesías por el Darién, y sin el que no hubiese podido subsistir.

La debilidad de los indígenas no osaba disputar la autoridad del Adelantado. Esto aumentó la vanidad de los conquistadores. Al parecer el único adversario que se oponía al vasallaje era Cémaco y su gente.

Sintiéndose más seguro de sí mismo, Vasco Núñez, recmprenvió la búsqueda del caudillo indígena; quería medir fuerzas con él y aniquilarlo definitivamente.

En este nuevo asalto, contaba con el apoyo de algunos señores principales del Darién, y esto le daba nueva ventaja al invasor.

El nuevo combate, puso de manifiesto la inferioridad del jefe indígena, quien no estaba preparado para una lucha cuerpo a cuerpo con un ejército armado de pólvora y fuego.

Cémaco se vió obligado a escapar, dejando en su huida una gran cantidad de oro, que los españoles estimaron en siete mil pesos en oro.

Reconociendo su debilidad, pero sin declararse vencido, evitó desde entonces un nuevo combate abierto con los castellanos. Se dice que se retiró a una aldea en la montaña, conocida como Tiquirí, y la cual estaba a las orillas del cerro Tagarcuna, su último refugio.

El adelantado intentó inútilmente seguir su huella para derrotarle. Cémaco se extraviaba en el camino de la sierra, ocultándose entre lagunas tupidas de vegetación, por donde el español no osaba atravesar.

Mas lo que los hizo abandonar su búsqueda, fue una multitud de murciélagos que los perseguían en la noche, como si hasta los animales de la tierra darienita, se hubiesen convertido en auxiliares del caudillo.

Por instrucciones de Balboa, los guerreros invasores descontinuaron la persecución de Cémaco, por lo menos temporalmente.

Cémaco sólo aparecía sorpresivamente, para causarles incomodidades de toda naturaleza.

Ante la imposibilidad de librarse de El, se ofreció la hija de Careta a engañar nuevamente a sus hermanos de raza, favoreciendo en esta forma a su marido.

Conocedora del lenguaje de los indios, obtuvo ciertos secretos de un criado de Cémaco, que reveló las intenciones del jefe indígena, para derrotar el cabecilla de los españoles.

Detenido el criado, "fue vencido" por Rodrigo de Colmenares para que relatase todo cuanto sabía de los planes del invencible combatiente.

Y así se supo, que Cémaco estaba logrando una nueva concentración de tribus para reiniciar la lucha contra los cristianos.

Uno de sus objetos era asesinar a Vasco Núñez de Balboa. Para tal efecto había ideado enviar con regalos a cuarenta indios, quienes en son de amistad procurarían ganarse la confianza de las tropas españolas: el traidor puso fin al plan de Cémaco.

Vasco Núñez, malicioso y lleno de temores, pensó que ese hombre era capaz de sorprenderlo con un ataque imprevisto: Ello lo llevó a aumentar la vigilancia contra el enemigo.

Dio órdenes de que se procediese con crueldad contra los que desconociesen su autoridad. El personalmente empezó a hacer guarda a caballo, persiguiendo a los aborígenes con su lanza.

Aún y esto, Cémaco continuó dándole que hacer por muchos días, sin que Balboa averiguase su paradero.

Ante su impaciencia personal, Vasco Núñez de Balboa encomendó a Rodrigo de Colmenares, para que actuase contra los que habían ayudado a Cémaco.

Colmenares no olvidaba la humillación que había sufrido de Cémaco.

Empezó por hacer innumerables prisioneros inocentes para torturarlos, entre ellos habían muchas mujeres indígenas.

Disgustado porque ninguno revelaba el paradero del caudillo, terminó por ahorcar a algu-

nos de los señores principales en presencia de sus súbditos.

Y sin embargo, el invasor tuvo que abandonar su ambición de capturar al señor del Darién, a quien jamás han podido conquistar ...

El permanece desde entonces inconquistable, como un símbolo inalcanzable de valor, como la fuente virgen de nuestra más auténtica nacionalidad, y nos observa, como el supremo alabarda de la Patria, desde la sierra inaccesible del Tagarcuna.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- | | |
|-------------------------|---|
| ALBA, MANUEL | Ruta y Hazaña de Balboa, Estrella de Panamá, Septiembre de 1970. |
| ARCE y SOSA | Compendio de Historia de Panamá, Edición de la Revista Lotería de 1971. |
| CASTILLERO, ERNESTO J. | Historia de Panamá, Impresora Panamá, 1962. |
| COLON, HERNANDO | Vida del Almirante Don Cristóbal Colón, Biblioteca Americana, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires. 1947. |
| LOPEZ DE GOMARA | Historia de las Indias. Editorial Iberia, Colección Obras Maestras, Artes Gráficas de Barcelona. |
| MENDEZ PEREIRA, OCTAVIO | Vasco Núñez de Balboa. Colección Austral, Buenos Aires, Argentina. |
| MERCADO, ELSA | El hombre y la tierra en Panamá. (siglo XVI) según las primeras fuentes, Madrid, España, 1959, Universidad de Madrid. |
| DE LA GUARDIA, MIGUEL | Compilación de Leyes de Indias, Madrid, España. |

ROBERT TOMES

Panamá en 1855

Traducción: Lic. José Antonio Ureña

Quieres ir a Panamá? — Fue la invitación que le hizo la Compañía del Ferrocarril de Panamá al joven y novel periodista Roberto Tomes, en febrero de 1855, para asistir a la inauguración oficial del tránsito ferrocarrilero de Colón a Panamá. En aquella ocasión el pasaje en el buque George Law iba a ser gratis y se les obsequiaría con vino y brandy a bordo y serían agasajados en Panamá en donde podrían extender su visita por dos semanas y finalmente, serían enviados de regreso a casa, en el buque hacia New York y festejados gratuitamente con vino y brandy como en el viaje de venida.

Ilusionado con tal perspectiva el joven Tomes se despidió del puerto de New York para visitar el Istmo y luego obsequiamos, en una prosa fluida, todas las impresiones logradas en Panamá en donde el ciclo y el mar enmarcan el verde panorama del Trópico.

Son interesantes por lo vívidas las descripciones que hace el viajero al atracar el barco al muelle de Aspinwal, que daba frente a la única calle de casas dispersas en la playa pintadas de blanco. Le llamaron la atención los oficiales del ferrocarril que estaban en el puerto, vestidos de blanco y con sombrero "Panamá". Gente esquelética con aspecto de enfermos.

El presente trabajo corresponde al Capítulo V del libro Panamá En 1855, de Robert Tomes, que ha sido traducido por José Antonio Ureña, para optar el título de Lic. en Filosofía, con mención en Historia, en la Universidad de Panamá.

En los días siguientes recorrería la línea férrea recién construida de uno a otro mar; visita a Taboga y se embarca en un viaje de recreo al Archipiélago de las Perlas. Pero el capítulo más novedoso es el que se refiere a la ciudad de Panamá, del cual adelantaremos algunos cuadros descriptivos de la ciudad en 1855:

“Los visitantes yankies se dedicaron a recorrer las calles estrechas comprando sombreros de Panamá y viendo a las muchachas morenas que ataviadas con el traje típico se asomaban a los balcones de madera los cuales unos caían encima de otros y arrojaban su sombra sobre las calles... Algunos de los visitantes protestantes como eran entraban en las viejas iglesias casi en ruinas, donde se mostraban irreverentes... Una joven, arrodillada en el pavimento de piedra desahogaba su alma en oraciones y un anciano de caminar tembloroso oraba al pie de esas imágenes de madera, llenas de “milagros”... Pero ellos giraban sobre sus talones ante la ferviente devoción de los feligreses”.

Rubén D. Carles

CAPITULO QUINTO

UN PASEO POR LA CIUDAD DE PANAMA

Nuestro grupo, rebosante de alegría festiva, dueño absoluto de los aposentos de las espaciosas salas y de los extensos balcones de la Casa Aspinwall, suscitó un nuevo espíritu al interior de las paredes del viejo hotel, el que se arruinaba rápidamente por el poco uso, y, alegró al desesperanzado arrendador quien anhelaba pagar el arrendamiento de su casa de alojamiento.

Tomás, el negro jamaicano, el factótum del establecimiento nos dio una cordial bienvenida, mientras empuñaba nuestros sacos de noche, con todas las ansias de un menesteroso mozo de servicio; subió los grandes peldaños de piedra, recorrió los corredores, nos acomodó con gran alegría en las amplias habitaciones de piso de cedro, que

no tenían alfombra y eran de gruesas y blanqueadas paredes, de enormes ventanas, sin una hoja de vidrio o un marco, cerradas con grandes y anchos postigos pintados de verde, como puertas de granero, que no presentaban el aspecto muy halagüeño de una cómoda recámara; los esqueléticos catres, empero, de donde se habían alejado hacía mucho tiempo las almas vivientes estaban alineados por medias docenas a lo largo de la pared, eran una garantía de que no se necesitaba compañía alguna. Puede prescindirse, sin embargo, de tanta cordialidad en la zona tórrida; por tal razón, encontramos desnudas y sólidas paredes, descubiertos pisos de cedro, ventanas perennemente abiertas, y delgados catres, sin colchón debajo o colcha encima, más propios para descansar que todo el mobiliario de una tapicería muy lujosa.

La mayor parte de nuestros compañeros sólo tenían que pa-

sar dos días en Panamá, y casi todo ese tiempo debió haber sido empleado en adelantar la celebración, tal como se había formulado en el programa.

Había que llevar a cabo la excursión a Taboga, tomar el almuerzo de la Compañía inglesa de vapores y asistir a una importante y cordial fiesta preparada por John Bull; sin embargo, veinticuatro horas no eran suficientes, puesto que el mismo día teníamos el grandioso banquete de la Compañía del Ferrocarril, con sus largos discursos, que aún cuando sus bocados se masticaban muy bien, eran demasiado difíciles de tragar. Los de nuestra comitiva, como eran huéspedes, les correspondió como primera terea contestar a la hospitalidad de los anfitriones. En efecto, nos refrescamos con brandy, agua y hielo, y cocteles de champaña —lo que se había convertido, ahora, en algo habitual, a pesar de nuestros mejores principios— así como con naranjas, piñas, guincos, papayas, mangos y demás exquisitas frutas hasta la saciedad. Salieron luego hacia la ciudad, y se echaron a andar penosamente, bajo el sudoroso sol, para observar todo cuanto podía haber de interés en la ciudad.

Habiéndonos separado en varios grupos, nosotros, los visitantes yankis, inspeccionamos con mucha minuciosidad la ciudad de Panamá. De este modo, algunos se dispersaron a lo largo de las estrechas calles para comprar los sombreros "Panamá" en las

tiendas, y echarle el ojo a las muchachas morenas, quienes se inclinaban con vestidos holgados en los balcones de madera, que colocados en línea uno encima del otro en las casas, proyectaban sus sombras hacia el otro lado de la calle. Algunos se pasaban con paso irreverente, como protestantes que eran, por las arqueadas entradas de las viejas iglesias casi en ruinas, ennegrecidas y medio escondidas entre la maleza, que surgía exuberante por entre las múltiples grietas; llegaron hasta los mismos altares del santuario, desde donde lanzaban miradas de irreverencia a las vírgenes, de caras pintadas y con vestiduras ornadas de lentejuelas, y a los santos devotos con sus togas amarillas, con el revés azul, que vestían muy mal.

Una joven muchacha, arrodillada en el pavimento de piedra desahogaba su alma en oraciones, en tanto que un trémulo anciano se postraba en actitud de reverencia a los pies de esas vistosas imágenes, hechas de madera, de color dorado deslucido, de amarillo ocre y vestidas de andrajos, que debieron haber infundido respeto en los profanos visitantes; pero ellos se volteaban sobre sus talones, ante la ferviente devoción que esos feligreses arrancaban de sus corazones; éstos sólo fueron a mofarse de todo lo que vieron, a echarle una mirada despectiva a los desaseados padres, a husmear las velas de sebo, los raídos confesionarios, y a meter sus profanos dedos por las celo-

sías de los mismos, a través de los cuales tantos corazones angustiados habían dejado oír los secretos íntimos de su vida en los oídos atentos de su confesor. Ya fuera de la iglesia, nuestros incrédulos compatriotas entraron, tal vez, en la cantina cercana en donde su patriotismo se enardeció, sin duda, a la vista de un garboso cantinero en chaqueta de hilo, de su propio terruño, quien se disponía a mezclar un trago para uno de mis compatriotas; sus biliosos ojos, su pálido semblante y sus temblorosas manos hablaban muy claramente de los efectos del clima y de los repetidos tragos de bítter. Dos delgados jóvenes istmeños se entretenían en la mesa de billar. Alrededor de una media docena de españoles y franceses estaban jugando dominó en el portal, tomaban cerveza fría y absenta (licor de ajeno). El estado-unidense se siente como en casa, puesto que oye su propio idioma hablado con la misma elegancia con que se habla en cualquier gremio culto; entre otros objetos familiares advertirá un hilera de botellas de cristal, que tienen adheridas una espléndida serie de doradas etiquetas y contienen brillantes líquidos de varios colores; observará algunos toscos modales, y respirará una atmósfera que no tiene un aire muy distinto al de su propia tierra, la cual despidе un olor a brandy y a olorosos cigarros; de tal manera que al volver al aire fresco, no se sorprende de ver, gracias a los mencionados moti-

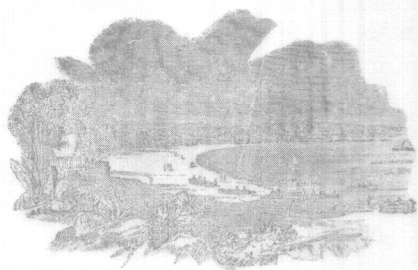
vos, que en realidad ha tomado su refresco de vino de Jerez, en los Estados Unidos, en Washington, o en la cantina San Carlos, como es de suponer.

A lo largo de la estrecha callejuela, algunos de nosotros nos dirigimos hacia la Plaza, la cual encontramos desierta; solamente vimos aquí y allá una mula atada que posía en la hierba seca, un grupo de desnudos negritos que jugaban en las escalinatas de la deteriorada iglesia, y una fila de galeotes de semblante lloroso y de lento caminar que hacen resonar sus espaldas al ser conducidos por el armado guarda mulato a la miserable cárcel; allí detrás de las barras de hierro, desde su interior oscuro, sobresalen los penetrantes y redondos ojos de un compañero de prisión, de repugnante apariencia, y nos felicitamos de que esté bien resguardado. Desde la plaza bajamos por una calle que limita a cada lado con casas de gruesas piedras; se pueden ver, por la arqueada entrada de la antigua muralla que rodea a la ciudad, las aguas de la bahía que rielan a la luz del sol; al tomar esa dirección, pasamos enfrente de un edificio, recién pintado de blanco, del cual pende bajo el radiante e intenso sol de mediodía, la bandera estadounidense, mientras que bajo sus pliegues, se alegra el resplandeciente semblante de un fogoso Cónsul estado-unidense, que hacía lo posible por ventilarse en lo alto del balcón, y quien nos reconoció e in-

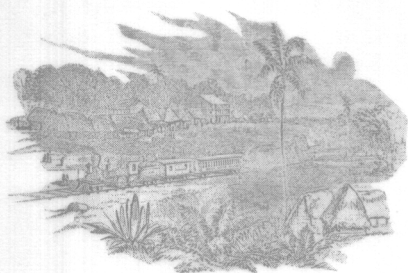
vitó enseguida a tomar un brandy con agua en su residencia consular, el cual fluyó de continuo y en abundancia. Al frente de la bandera se encuentra la oficina de la Estrella de Panamá, en donde los reporteros que forman parte de nuestro grupo, ya habían informado de su llegada, siendo debidamente honrados con el registro de sus nombres en la Gaceta Judicial.

Al bajar por la calle que da exactamente con la entrada de la muralla, llegamos a una fuerte construcción con apariencia de cárcel, desde cuyas ventanas, llenas de barrotes con vista a la muralla en ruinas, se puede obtener una magnífica visión de la bahía, y no dudamos que esas buenas monjas que se encuentran reclusas ahí, —puesto que el edificio es un convento— disfrutan de la vista, como si fuera único mundo exterior, que les es dado mirar. Una llamada, a la puerta del convento, significa un rotundo rechazo a nuestra hereje impertinencia, por parte de la brutal y hostil negra, apostada en un recinto que mira hacia todos lados; ella era la mujer dragón que custodiaba de cerca las dulces y hermosas manzanas que estaban a buen recaudo. Ella era, desde luego, la dueña encargada de velar por las bellas señoritas al interior del mismo. Nos alejamos de ese vestigio histórico, manchado y desmoronado para respirar el aire puro de la fresca brisa de las Bóvedas. Las Bóvedas son el mejor paseo de la ciudad. Sus torrecillas y muros

ruinosos están llenos de grietas que el tiempo ha horadado; sus cañones desmantelados y cuidadosamente abollonados, fueron traídos cientos de años antes de las famosas fundiciones de Barcelona para defender las riquezas de Panamá, de los bucaneros, antiguos y codiciosos enemigos de España, en los días que era grande por sus galeones, presentan ahora, un aspecto triste y desolado. Pero las fundiciones establecidas sobre los rocosos arrecifes, hace dos centurias, todavía sostienen la ancha explanada, a muchos pies de altura, sólida y resguardada del continuo oleaje del océano que encrespa aquí sus enormes olas y las estrellas contra la base, hasta que finalmente son rechazadas por los aires, en cascadas de espumas. Las Bóvedas se levantan sobre un punto en que una franja de tierra resalta hacia el mar y sobre la cual está situada la ciudad. En frente de nosotros, hacia el lado sur, se encuentra un grupo de verdes islas que matizan el amplio extendido de la bahía. Allí se encuentran, a lo lejos, Taboga y Taboguilla —a 10 millas de distancia— con sus flotillas de embarcaciones ancladas con seguridad, en sus puertos. Más cercanas y a unas dos millas o más, están las islas de Flamen-co, Perico y Naos sobre cuyos costados pueden verse los cocoteros que se alzan sobre la blanca superficie de la playa. Desde estas verdes islas, que surgen del mar, que conservan un continuo verdor desde sus cimientos hasta



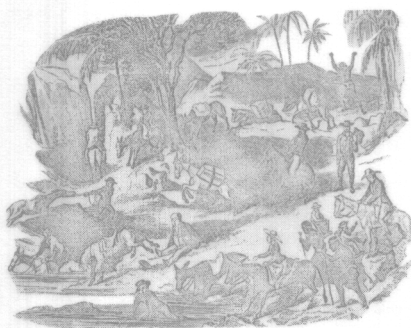
La estación terminal del Ferrocarril de Panamá.



El Ferrocarril de Panamá, en Summit.



La Rampa de Panamá.



Cruzando el Istmo durante los viejos tiempos.

la cima, sobre cuyas colinas y valles el voluble firmamento lanza sus lucientes fulgores y dispersa las intensas sombras con sus vivaces juegos de luz, la vista se extiende más allá de aquellas grupas distantes medio escondidas, envueltas en una luz purpúrina, y de allí hacia el nublado horizonte más allá del cual se dilata el inmenso océano. Hacia la derecha y la izquierda del observador, como el que mira hacia el sur, la bahía se encorva en desiguales ensenadas; por un lado, baña una extensión de blanca playa que brilla con el sol, y por el otro humedece la base de las verdeantes montañas que se alzan desde la ribera y se prolongan, en desiguales elevaciones, muy al interior del país. La ciudad de Panamá se extiende a poca distancia de las Bóvedas, y exhibe sus ruinosas iglesias, sus sombrías y ennegrecidas casas, discontinuamente agrupadas a uno y otro lado cerca de la orilla, hasta que se pierde en las densas sombras de las colinas selváticas, que unen la franja de tierra, sobre la cual está construida la ciudad con la tierra firme; difícilmente se encuentra un alma viviente, en estos inactivos tiempos de Panamá, por las Bóvedas. Hace unos meses se encontraba activa con los jactanciosos californianos, quienes solían tirar hacia arriba sus narices ante la desusada artillería, y hacían ver la eficacia de sus rápidos tiradores al disparar revólveres de seis cañones, con el inminente peligro de perder sus vi-

das, todos aquellos que estuviesen al alcance de un tiro de pistola.

Ahora, fuera de una eventual señorita, medio oculta en su negro velo que espera a su amante; de una niña india, que lleva un pálido y enfermizo niño blanco en busca de aire puro; de un viejo español meditabundo, que fuma su cigarro, que airea su sombrero "Panamá" y su chaqueta de hilo al soplo de la brisa marina, o de un curioso extranjero, no se encuentran visitantes en las Bóvedas. Hay también una escasa exhibición de poder militar en los alrededores de la fortificación; pues, nosotros interrogamos a uno de esos tipos mulatos, de pies descalzos, vestidos con chaquetas y pantalones anchos y gorras de lana roja, quienes constantemente fuman sus cigarros desde las ventanas de los arruinados cuarteles; a lo largo de la trinchera, detrás de las Bóvedas, se halla una tropa de expertos militares, lo suficiente, como para cargar uno de los viejos cañones.

Los diferentes grupos de nuestra comitiva, que se congregaban de todos lados de la ciudad, se reunieron para comer en el restaurante del señor Víctor. La Casa de Aspinwall limitaba su hospitalidad al precio de tres dólares por catre para descansar por el día y para dormir por la noche; nuestros anfitriones de la Compañía del Ferrocarril habían ofrecido, por consiguiente, a sus huéspedes el

pase gratis en el mencionado restaurante. En efecto, desayunamos con huevos, almorzamos con bistecs y bebimos vino tinto, y el *Chasse Café* (gota de alcohol en el café) en el excelente local del señor Víctor. Este señor que es un "bon patriote" era fiel a las formas tradicionales de la magnífica cocina de su tierra natal, pero un triste imitador en cuanto a su esencia. Se entregó a toda clase de recuerdos patrióticos de la "Belle France" en su minuta; pero su mesa comprobó que era desleal a su país. La gran abundancia de filetes, de *blanquettes* (terneras con salsa blanca), de *entremets* (de entremeses), de *legumes* (de legumbres), y de *fines herbes* (finas hierbas) que el señor Víctor ponía diariamente a nuestra vista, escrita por la más diestra mano y en el papel más blanco, evidenciaba a las claras el corazón de patriota, que todavía palpita bajo el blanco chaleco del señor Víctor, pero que no satisfacían los hambrientos estómagos que desfallecían bajo los chalecos de sus huéspedes.

Las terneras con salsa blanca, sus filetes y entremeses eran siempre duros trozos de carne de res; sus legumbres y finas hierbas eran regularmente ajo. Los pesados tenedores de plata y las cucharas del señor Víctor, tanto como sus grandes angarillas con aceite de castor, eran realmente una imposición; pero le recomendaría, al señor Víctor, vender la argentería e inver-

tir el dinero en una lavandera. Si el imprescindible montón de basura, de una semana siquiera, fuese cuidadosamente depositado en los recipientes, sería probablemente más grato que la acción de amontonarlo todo a un mismo tiempo entre las escudillas de azúcar; otro tanto se podría decir de un mantel limpio que, raras veces, es puesto, sino es porque es absolutamente necesario cambiarlo por el sucio, y encima del cual exhibe diariamente su desagradable banquete. Las mejores cosas que pude encontrar para comer fueron los palominos que abundan en el Istmo; y cuando el señor Víctor concentraba su actividad en un palomino asado, *Pigeon Grillé*, yo le podría perdonar sus recuerdos, pronto venidos a menos de la cocina francesa, por la forma de preparar sus filetes duros como el caucho, y sus "fricandeaus de veau" (bolas de carne de ternera), hechas de duros tajados. El pescado, si bien abundaba en la bahía, rara vez pude comerlo, ya que los nativos son demasiado perezosos para pescarlos o traerlos al mercado. Se dice que los bistecs de iguana y los guisados de mono son exquisitos, pero como mi estadía en el Istmo era corta, no quise permitir que se nacionalizasen esos extraños en mi estómago de origen norteamericano. Se puede obtener en Panamá, toda clase de frutas, pero nunca a un precio módico, porque aún en esto, la indolencia de los istmeños impide que el suministro

sea abundante. Las naranjas son inmejorables, al igual que los guineos, las papayas, los mangos, las piñas, las chirimoyas y cientos de otros sabrosos productos. Los ñames y las yucas abundan puesto que son un sustituto corriente de la papa, esta última no se da en el Istmo, sino que es traída de las costas de Chile y de Perú a un precio razonable.

En Panamá se beben generalmente vinos franceses, el señor Víctor nos proporcionó algunos agrios especímenes de **St. Julien** y **Barsac**. Las únicas bebidas nacionales son las chichas, inducido esta vez por el dictamen de un amigo, con el pretexto de que "era bueno para mi salud"; no pude beberme más que el primer trago, de viscoso y añejo sabor, si bien permanecieron ignoradas las ventajas de la chicha.

Durante nuestro almuerzo en el restaurante de Víctor, nuestra comitiva comparó datos sobre sus observaciones en la ciudad. El viejo W., oriundo de **Connecticut**, había estado por doquiera. Había visitado los ruinosos monasterios y conventos, e insinuó que unos cientos de tejamaniles podrían tapar las aberturas causadas por el tiempo y evitar la lluvia; había mirado, con piadoso espanto, los desnudos pequeños que chapalcaban agua en las zanjas, y aconsejó, con caridad cristiana, proveerlos de camisas y de escuelas de madera; había deambulado por el bosque

vecino y parecía ser de la opinión de que fincas desbrozadas y bien cultivadas contribuirían al progreso. El elegante B., oriundo de Nueva York, no tuvo la intención de comparar las calles de las de Broadway, al considerar que las mujeres no eran apreciablemente elegantes, mientras se paseaban por las calles sin sombrero y con trajes de pliegues, en la parte superior del cuello, en vez de la parte inferior de los pies.

Alguien refirió sus impresiones del mercado; otro las del camposanto. Un comerciante concluyó que Panamá era decididamente indolente, en tanto que el poeta de la *Compañía* manifestó: que "era una tierra amena de soñolienta cabeza".

Después del almuerzo regresé a nuestro hotel que está sólo a un paso, poco más o menos, del restaurante de Víctor; me subí al balcón que sobresale hacia la calle para observar el diario vivir. Una cabalgata de jinetes, compuesta en su mayor parte de residentes extranjeros que regresaban de su pasco vespertino, venía con gran alboroto por la vía pavimentada, en sus ambladoras mulas y avispados caballos peruanos banquescinos, ricamente enjazzados, con frenos de plata engastada y sillas españolas vivamente adornadas y puntiaguadas.

Un garboso padre pasa, a su regreso de vísperas, con su largo sobrepelliz de seda, cuyas orlas delgadas que ondean con la bri-

sa los lustrosos, rosados, asactinados y anchos pantalones del lino más fino, recogidos en las rodillas con hebillas de oro y calcetas negras de seda, rematadas en un par de pequñísimos y pulidos zapatos, adornados con hebillas de oro puro. Un sombrero candil, de piel de castor, con una vuelta de seda blanca y adornado con flecos y borlas; mientras que un bastón con su parte superior de oro, viene a completar la vestimenta del lechugino sacerdote. El radiante rostro accitunado y el lustroso cabello negro del "gordo hombre de Dios", el gusto con que fuma su cigarro, y los finos modales con que se dirige a las morenas y bellas muchachas de su grey, demuestran que no es un anacoreta.

En realidad, no hay otro galante don Juan en la parroquia, quien pese a su celibato, tiene hijos que exceden en número a los de los patriarcas. El es un triste transgresor de la moral más amplia, siempre y cuando, se dé crédito al escándalo de que hace apenas una semana apostó esas hebillas de oro en un juego de dados en el monte, en donde perdió también, en una pelea de gallos, su último estipendio que recibiera para la redención de un alma del purgatorio. Luego viene una desaliñada mujer, de ascendencia negroide, con su largo cabello que cae sobre su espalda, con su liso y negro cuerpo, medio salido de su holgado traje, que de acuerdo con la moda usada en

el Istmo, tiene sus alforzas arriba en vez de abajo. Ella carga su pesado negrito tan desnudo, como cuando nació, a horcajadas sobre sus caderas y quien parece estar desconyuntado para dicho propósito. Ella, al igual que todo el mundo, fuma el eterno cigarro. Le sigue luego, una madre y su hija, alegremente cngalanadas con los vistosos sombreros "Panamá", de cintas sedosas; flojos vestidos de zaraza, de excelente hechura; rojas y asaetinadas; babuchas, sujetas a las puntas de los robustos pies africanos, mientras sobresalen por atrás, como diría un irlandés, los inconfundibles talones negros.

La niña es una réplica en miniatura de su mamá, desde el sombrero a las babuchas: expone la misma superfluidad de negra piel, viste el idéntico y llamativo percal con sus recogidos pliegues, y se alborozaba con la misma suntuosa cadena de águilas de oro alrededor de su cuello. Las dos parecen impresionadas con el lujo de su apariencia y caminan con paso mesurado y consciente altivez por la calle.

Allí va otro genuino residente de la antigua ciudad —el aguador— en su mula. Regresa justamente de la parte exterior de las murallas, en donde ha llenado sus barrilitos en el manantial del escondido naranjal, y llega en la tarde fresca a vaciar sus impregnados barrilitos en las enormes, rojas y porosas vasijas de barro de sus clientes que se pueden ver bajo la sombra de cada bal-

cón, rezumando en sus superficies una continua y fresca humedad. En cada barrilito parece que estuviera brotando el verdor, puesto que se introduce un manojo de verdes hojas en los orificios de arriba, lo cual sirve para impedir que el agua se salga con las sacudidas por el camino.

A medida que se acerca el atardecer la ciudad se torna bastante alegre. Los grupos de istmeños y lechuguinos extranjeros salen de sus tiendas y de sus despachos; quienes al suspender sus labores con la caída de la noche, después de haber estado ocultos durante el día, de la luz del sol, se congregan en la esquina en donde lucen muy alegres y lustrosos con sus chaquetas francesas de seda negra, sus sombreros "Panamá", pantalones blancos y barnizadas botas; o bien se sientan al otro lado, bajo el portal de la cantina San Carlos para disfrutar de los cigarrillos y de los refrescos de vino de Jerez enfriados con hielo de Boston. Las negras jamaicanas se entremezclan entre los grupos anunciando, en voz alta, entre risas, y ofreciendo con alegres chanzas las frutas y los pastelillos que balancean sobre sus cabezas.

A medida que la noche avanza las calles se tornan vacías y silenciosas; la luna que brilla en esas latitudes tropicales, con el mismo resplandor de un sol de mediodía, ilumina las casas de enfrente con áureos rayos de luz y arroja la sombra del balcón de

la Casa de Aspinwall contra el pavimento, con los precisos contornos de un dibujo. Ya tarde, en la noche, se oyen con exactitud el percutir de las bolas de billar y el tintineo de vasos, abajo en la cantina, que perturbaban los agradables pensamientos de Gil Blas y sus románticos compañeros: los licenciados, caballeros y señoritas de Madrid, de Salamanca y de Toledo evocados por el tañido de la guitarra debajo del balcón de enfrente. Con una soñolienta confusión de lo nuevo y de lo mejor, me volví hacia mi catre y dormí hasta el amanecer. A la mañana siguiente todos estábamos ansiosos, a una hora temprana, para irnos de excursión a la isla de Taboga, en donde el representante de la Compañía Inglesa de Vapor de correos en el Pacífico nos había invitado a un almuerzo.

En efecto, nos reunimos todos con nuestros vestidos completos de hilo y dril, yo con el residuo de mi ropa del último verano en Nueva York, tan sucio como el mantel del señor Víctor; una vez allí tratamos de comer sus duros filetes y sus revueltas tortillas de huevo que estaban mal hechas; procedimos a tomar su café, el cual estaba bueno, apesar de haber recogido cantidad de sucio en el azúcar. (Nota: el mejor café en Panamá, es traído de Punta Arenas en el Pacífico, a unas cien millas o más hacia el norte de la bahía; en donde unos cuantos buques de carga se alistán anualmente,

sobrepassando por su aroma y su exquisito sabor al sin par Mocha). Anduvimos calle abajo, cuando unas morenas y veladas señoritas y unas descuidadas negras, vestidas de vistosas zarazas regresaban de maitines; llegaban pronto a sus espaciosas casas de gruesas paredes de piedra, contiguas al despacho del agente de la Compañía de barcos, encargada del correo estadounidense en el Pacífico. Tuvimos que pasar allí una media hora, durante este breve tiempo, conocimos a la caripálida dueña de la casa y a un niño enfermo; vimos a un iracundo mono, que después de diversas y vanas tentativas para alcanzar la cara mitad de un mango, parecía con ganas de dejar a toda prisa, su cadena a lo largo del balcón; a un loro parlanchín que colgaba de una pesada viga de arriba y le hablaba en español, con mucha locuacidad al Capitán S., quien se sentía orgulloso de su castellano hasta bochornarse; y, a un oso hormiguero que acercaba su largo hocico a nuestras botas, y nos hacía mirar con cierto recelo sobre nuestros talones.

El balcón, desde donde se divisa más allá del ruinoso muro de la ciudad, nos permite contemplar la bahía y el buque, que nos iba a transportar; el cual ahora exhalaba humo por su chimenea y se revolcaba, con su enorme casco negro, en el oleaje del mar como una inmensa ballena.

Nos trasladamos entonces, en masa, para bajar por las grandes

gradas de piedra, en dirección a la entrada de la muralla sobre la amplia y amarilla playa, y dispersarnos a lo largo de los pétreos escollos que se extienden hacia la bahía y exponen en marea baja, su negra y áspera superficie de una milla poco más o menos. Bajamos por esta escabrosa senda que con sus dentados y afilados bordes, sus charcos de agua salada y sus légamos, hacían difícil el caminar con las botas francesas, con las que algunos de nuestra comitiva se habían dignado honrar la ocasión.

Los más curiosos de entre nosotros, sin embargo, fueron recompensados con la observación de los caparazones de los innumerables cangrejos, que hormigueaban por los laberintos del arrecife, al que la laboriosa especie Torredo había trabajosamente perforado, en lo profundo de la dura roca, resultando tan porosa como una esponja.

Subí, una y otra vez, las anchas masas de la dura roca, y pude ver esféricos, blancos y gelatinosos animalitos, completamente pegados a ellas, semejantes a velas en desecación en una velería. Estos bichos están provistos de un taladro en el hocico, más afilado que la perforadora de un minero, con el cual cortan y pulen una cavidad para sus cuerpos en la más dura roca, los que son tan suaves y dúctiles al tacto, como macarrones cocidos. Estos son los animalitos más terribles para el transporte marítimo, de la bahía de Pana-

má, puesto que destruyen en unos cuantos meses el más sólido casco de un buque. Se agrupan, por doquiera, en la lámina de cobre, o en la madera descubierta; clavan sus taladros sin demora en ésta; llegan pronto a perforar a un barco que gotea como un cedazo. Ya en el escabroso borde del arrecife, brincamos sobre las espaldas de un paciente negro para ser arrojados al fondo de un tambaleante buque ballenero, en el que los pantalones blancos y las chaquetas de hilo eran muy incómodos; de allí fuimos transportados a una especie de lancha, a fuerza de remos y entre los ruinosos gritos de los negros remeros medio desnudos. Esta clase de lancha con su muy intranquilo movimiento, propiciado por el mareo y por algunos repentinos y difíciles bamboleos de su marcha, a grandes trancos, amenazaba constantemente con quitarle la vida a un hombre para luego arrojar su cuerpo al mar. No pudimos remediar nada, aunque sentíamos una reverencia muy grande hacia ella.

Los barcos cargados de riquezas de Cartago y de Tiro, los bajeles de la India, todos los galcones cargados antaño con las riquezas de América, India, de México de los emporios españoles, y aún con las de los ricos comerciantes de Nueva York y de Londres, eran pobres comparados con el caudal que se había acumulado en aquel pequeño bote, hecho en forma cuadrada, con madera tosca y cuya mar-

cha era lenta. Parecía tan infeliz como cualquier viejo avaro, que si bien solía cargar oro, no obstante, en medio de tantas riquezas las codiciaba. Había transportado en su sucio interior, cerca de trescientos millones de oro, una cantidad que no se podía contar durante toda una vida. Sin embargo, dejó el viejo y pobre armatoste, ya que con cierto disgusto me apartaría de los esqueletos que viven, o mejor dicho mueren diariamente, no lejos de Nueva York; quienes no llevan mejor vida que tantos pontones cargados de millones, y los que van a la deriva, por la vida, sin pensar en ponerse un mejor atavío para el viaje hacia la eternidad.

Llegamos al buque *Columbus*, a dos millas de distancia, a lo largo de la bahía; al subir por sus negros costados, nos dio la bienvenida, el enérgico, jovial y radiante capitán con su vestido blanco de lino; nos dispusimos de inmediato, a navegar rumbo a la encantadora isla de Taboga. Entonces, se llevó a cabo el recorrido, de diez millas por la bahía, durante el cual, la mayor parte de nuestra comitiva —a la que se unió una docena de representantes de varios buques de vapor, sus esposas y los oficiales del Ferrocarril— se divertía en las cabinas con el generoso suministro de vino y los comestibles de los almacenes de la Compañía de Vapor, mientras que unos cuantos amantes de lo pintoresco contemplaban, desde la cubierta y desde que zarpa-

mos hacia el puerto de Taboga, el hermoso contraste de la lluvia que caía y la claridad del sol sobre las verdes colinas circunvecinas, así como el verdeante archipiélago de islas que reflejan sus múltiples matices y figuras en las diáfanas aguas de la bahía.

El pequeño poblado nos recibió, a nuestra llegada, con bulliciosas aclamaciones de vivas; los buques y embarcaciones izaron sus banderas y los cañones de la cubierta redoblaron repetidas veces sus tiros. Luego asistimos a la llegada del gran capitán Bob Swab, quien sentado en la popa de su blanco bote, adoptaba un aire solemne. La banderola ondeaba encima de su sombrero "Panamá", quien cuando ensanchaba su pecho, lo hacía con la majestad propia de un capitán de buque, y lucía, a ojos vistas, esos botones dorados que brillaban en su ancho chaleco blanco; a la vez que había un sentimiento de admiración, no sin cierto temor, a la vista de un personaje tan importante. ¿"Quién es?", era la pregunta que pasaba respetuosamente de un oído a otro, cuando el bote después de haber hecho un magnífico círculo alrededor de nuestro buque, se presentó a un costado y apareció un pequeño individuo que traía consigo, un aire de olor a alquitrán, a brandy y a tabaco, y se esforzaba por parecer reves-

tido de dignidad. Cuando alzó sus cortas piernas salieron sus ojos redondos de su rostro y casi se revientan los dorados botones de su chaleco. Sucedió que era el almirante Pomposidad, mejor conocido como el Capitán Bob Swab, del buque California que flotaba allá en la Bahía.

El Columbus nos llevó a tierra, al muelle de la Compañía inglesa; y tan pronto como hubimos admirado lo maravilloso de las casas feas y ennegrecidas por el carbón, los talleres contruidos sobre la Península que se destaca en la misma isla de Taboga, la belleza de las pequeñas cabañas de verdes galerías que surgen entre los árboles y cuelgan de las faldas de la colina como jaulas, fuimos trasladados a un bote al mando de un burlesco guardia marino, con botones dorados y correa de oro; quien finalmente, —después de haberse demorado por algún tiempo para darnos la oportunidad de torcer nuestras chaquetas completamente mojadas, por los sucesivos aguaceros que desvanecieron toda nuestra ilusión en la estación seca— nos reunió a bordo del buque inglés, en donde mientras nuestro grupo disfruta del almuerzo de sus generosos anfitriones, el lector puede ocuparse en conocer algo sobre Taboga en el próximo capítulo.

*La población hebrea
en la República de Panamá*

¿Cuándo vinieron los hebreos al Istmo de Panamá? No se puede contestar con una sola mención histórica a esta pregunta, ni dar un detalle preciso acerca de la inmigración de los grupos hebreos de diferentes orígenes étnicos, cuyos descendientes conviven hoy comunitariamente en esta República americana y forman parte dinámica de su progresista población. Hay que iniciar la respuesta con la división convencional de la historia de la población judía de Panamá en dos períodos: uno, que corresponde a la inmigración de los marranos y cripto-judíos, quienes no pudieron vivir como judíos en esta tierra,

dominada por el poderío español, ni practicar sus costumbres, tener sus sinagogas o preocuparse por sus instituciones comunitarias; y otro, en el que tuvieron la posibilidad de aparecer abiertamente como judíos, desarrollar sus instituciones, practicar su culto, al mismo tiempo que se incorporaban a forjación de lo que hoy constituye la nacionalidad panameña.

El primer período se remonta a la expedición de Colón y se extiende por todos los siglos del dominio de España en el Istmo; dominio que significó, además, una férrea intolerancia religiosa impuesta por las autoridades eclesiásticas de la época, con la

extensión del Santo Oficio hasta estas tierras americanas, en donde los judíos creyeron encontrar, originalmente, un refugio para sus vicisitudes. El segundo período coincide con la terminación del dominio colonial español y abarca la segunda mitad del siglo pasado y el actual.

El descubrimiento del continente americano está estrechamente ligado al drama de la expulsión de los judíos de España, en 1492. La historia de los judíos iberos se remonta siglos atrás de esta fecha. Según algunos autores, los hebreos arribaron a la Península desde la época del rey babilónico Nabucodonosor, quien vivió en el siglo VI antes de la Era cristiana. Otros señalan el establecimiento de colonias hebreo-fenicias, hecho común en el Mediterráneo, desde tiempos muy antiguos. Lo cierto es que los judíos vivieron en la Península Ibérica durante un largo período en el que se produjeron invasiones de pueblos como los visigodos, por el norte y el árabe, a través del Mediterráneo; siglos de luchas y de diferentes hegemonías culturales que dieron configuración al reino que se formó después. A medida que las provincias españolas consolidaban su unidad política, la intolerancia religiosa fue en aumento y desencadenó una larga serie de persecuciones que se sucedieron por varios siglos, a pesar de que los judíos habían desarrollado en España una cultura elevada y singular, que convirtió esta tierra en el

emporio cultural de la Baja Edad Media. Entre los años 1391 y 1492, las persecuciones, orientadas por figuras como Fernán Martínez y Fray Vicente Ferrer, se recrudecieron. El año del Descubrimiento de América marcó un hito en la historia del mundo, no solo por este acontecimiento, sino porque en el mismo mes de agosto en que Colón zarpó del Puerto de Palos, se cerraba el plazo señalado a los judíos para su salida definitiva de la tierra que consideraban la patria de sus ancestros.

El Decreto de Expulsión fue firmado en Granada el 4 de marzo de 1492 y sólo daba a los judíos cuatro meses para partir. Muchos habían salido ya de España, solicitando asilo en Portugal, Holanda, Italia y en las provincias de Africa del Norte. Pero todavía los más influyentes luchaban por persuadir a la Corona de la injusticia que se perpetraba en aquel pueblo numeroso; otros, utilizaban su influencia y poder económico para encontrar una solución que permitiese a los exilados establecerse en un nuevo hogar sin sufrir persecuciones.

La empresa de Colón significaba una esperanza y los judíos dieron su apoyo moral y financiero a las expediciones, aún muchos de ellos se embarcaron hacia el Nuevo Mundo. Historiadores de prestigio sustentan estas afirmaciones, entre los que podemos mencionar a Américo Castro, José M. Erugo, García de la Riega, Ortero Sánchez,

Nicolás Díaz Pérez y Salvador de Mariaga, quienes relatan que entre los primeros expedicionarios al Nuevo Mundo había “personas de ascendencia judía, cripto-judíos y marranos”.

Entre los hombres de la tripulación de Colón, cuyos nombres han llegado hasta nosotros, encontramos a Maestre Bernal, Rodrigo de Triana, Luis de Torres, Alonso de la Calle, Rodrigo Sánchez, cuyos apellidos claramente indican su ascendencia hebrea. Maestre Bernal era el médico de a bordo, Marco era el cirujano, Rodrigo de Triana fue el primero que vio tierra y Luis de Torres era el intérprete y el primer europeo que puso pie en el Nuevo Mundo. Algunos habían sido convertidos al catolicismo por rigor de las leyes de la Inquisición, o bien vivían la doble vida de “marranos”, guardando en secreto lealtad por su fe ancestral y apareciendo oficialmente como cristianos.

Los cripto-judíos y marranos, también llamados conversos, cristianos nuevos o judeo-conversos, fluyeron en gran número al Nuevo Mundo, a pesar de que pronto comenzaron a regir en las colonias hispanas las leyes de la Inquisición, con rigor y crueldad que superaron con creces las persecuciones de la Península. Después del Decreto de Expulsión, un gran número de judíos fue recibido en Portugal, pero algunos años después fueron también perseguidos y

expulsados, aunque muchos adoptaron el papel de cripto-judíos, manteniendo en secreto su verdadera fe, la que posteriormente tratarían de desarrollar sus hijos y nietos en tierras americanas, convirtiéndose, como muestran las crónicas inquisitoriales, en mártires de los autos de fe del Santo Oficio. Una rama importante de estos judíos portugueses originarios de España llegó a establecerse en el área del Caribe, en las Antillas, en las costas colombianas y brasileñas, de donde pasaron luego a Panamá, especialmente durante la época del auge comercial, en tiempos coloniales.

Los judíos que fueron forzados a emigrar de España y que se establecieron después en varias partes del mundo, conservaron el apego por su cultura nativa y sus tradiciones judeo-españolas, que legaron de generación en generación. Como afirman varios historiadores españoles, dondequiera que fueron fundaron colonias españolas o portuguesas. Los judíos españoles o portugueses hablaban el idioma de su país nativo, con pureza; tomaban parte en la literatura y cuando conversaban con cristianos, podían hacerlo en términos de igualdad, con hombría y sin miedo al servilismo. Estos judíos fueron llamados “sefarditas”, es decir, procedentes de España. Con el vocablo Sefarad designaron los hebreos las tierras españolas, desde tiempos muy antiguos. En la Biblia aparece por primera vez el término Sefarad

en el libro de Abadías, capítulo I, versículo 20, y ya en aquellos tiempos, conforme a la opinión de ciertos historiadores, señalaba quizás la región occidental de ultramar que había sido colonizada por los fenicios. Durante quince siglos, los judíos identificaron siempre Sefarad con España; en la Edad Media, con toda la Península Ibérica. De este vocablo, pues, se deriva sefardita, es decir, judío oriundo de España.

Otra rama muy antigua de judíos que también inmigró en diferentes épocas del Nuevo Mundo y que hoy constituye la porción más numerosa de la población hebrea universal, es la de los ashkenazim. En nuestra época, existen unos doce millones de judíos ashkenazim, frente a unos dos millones de judíos sefarditas. Ashkenaz significa en hebreo Alemania; palabra que tiene su raíz en el libro bíblico de Génesis, capítulo 10, versículo 3. Así, pues, con el vocablo ashkenazim o ashkenazitas se designan hoy los judíos procedentes de Alemania, Europa Central, Polonia, Rusia, que constituyen la mayoría de la población judía que habita en el continente americano.

Volviendo a nuestro tema central, tenemos que los judíos llegaron a tierras americanas desde el Descubrimiento; participaron en la conquista, al lado de los grandes expedicionarios mencionados por la historia; entre los hombres de Cortés estaban

Francisco de Morales, quien jugó un papel destacado en la colonización de México, y Hernando Alonso, el primer mártir judío en la Nueva España. También hubo judíos entre los colonos que fundaron Puerto Rico y entre los hombres que atravesaron el Istmo con Núñez de Balboa. Juan Fernández de Rebolledo, una de las figuras de mayor relieve en la política y en la economía de Panamá en la primera mitad del siglo XVI, cuya órbita de acción se extendió hasta Perú, fue acusado por el Obispo Fray Pablo Torres de haber sido marrano. Permaneció Juan Fernández de Rebolledo a una familia de grandes poderes e influencias. Su hermano Rodrigo de Rebolledo era el hombre fuerte de Panamá en las décadas del 30 y 40 de ese siglo.

Pasadas las primeras peripecias de la Conquista, España estableció Tribunales de la Inquisición en el Nuevo Mundo. El primer Inquisidor General del Tribunal de la Nueva España llegó a México en septiembre de 1571. Posteriormente se establecieron tribunales en Lima y Cartagena, con jurisdicciones en todas las colonias españolas. Panamá dependía del Tribunal de Cartagena y en 1606, a raíz de la construcción del Convento de la Merced en Portobelo, llegó al Istmo Fray Pedro Medrano Muñoz, con el título de Comendador del Convento de la Merced y Censor del Santo Oficio. De este hecho se deduce que eran confirmadas las aseveracio-

nes que llegaban a España, de que por estas tierras había cripto-judíos que debían ser investigados y arrestados. Ya por el año 1569, el Fiscal Ascevado, del Tribunal de la Inquisición de Lima, escribió en su informe de Nombre de Dios, Panamá, que capturó allí a un judío portugués, Salvador Méndez Hernández, quien había sido quemado en efígie en el auto de fe de Sevilla, España. El Fiscal Ascevado opinaba que Hernández no fue el único que pudo, con ayuda de funcionarios de la Corona, evitar el juicio de la Inquisición y escapar a tierras allende el mar.

En 1625, fue requerido por el Tribunal del Santo Oficio del Perú un sujeto llamado Antonio Franco de Lara, quien formuló declaraciones poco afortunadas arguyendo su "limpieza de sangre". En su defensa mencionó que él mismo era hijo de Agustín Franco, vecino de la Ciudad de Panamá, cuya genealogía, al igual que la de todos los Francos vecinos de ésta y otras ciudades de la Colonia, estaba llena de acusaciones inquisitoriales. Sus abuelos maternos también eran vecinos de Panamá y de Villa de Almagro. El expediente de Antonio Franco de Lara recoge, además, las acusaciones de varios testigos sobre la genealogía paterna. Declaran que Agustín Franco, padre de Antonio, procedía de conversos, de cristianos nuevos, y que tenía muchos parientes que habían sido portadores de

sambenitos. No obstante, en el mismo expediente se demuestra la "limpieza de sangre" de la ascendencia materna, es decir, de Francisca de Lara o de Silva, mujer de Agustín Franco y madre de Antonio Franco de Lara.

El documento menciona, además, los nombres de comisarios del Santo Oficio destacados en Panamá, aparentemente, desde época anterior a 1625: Frai Rlo. (sic) de Castro y Francisco Terrin, éste último, Alguacil Mayor de la Ciudad de Panamá y Receptor del Santo Oficio. Cita también un impreso, como testimonio de que en Panamá y otras ciudades, funcionarios de la Inquisición condenaron a la Ciudad de Toledo y su distrito, por apostasía.

En todas las tierras nuevas, los agentes de la Santa Fe persiguieron a las personas a quienes sospecharon de falta de lealtad hacia la religión católica. A pesar del aporte de los marranos a la obra de América, a pesar de que habían contribuido en numerosas empresas colonizadoras y organizado, en las nuevas villas y ciudades, las actividades básicas de la economía y de la administración pública, fueron víctimas en estas tierras de los rigores de la Inquisición. De los autos de fe de Lima y México subsisten centenares de copiosos documentos que revelan pormenores de los procesos y de las acusaciones, en su mayoría tan baladíes como cambiarse la camisa los sábados, cumplir con leyes alimenticias rituales he-

breas, pequeños hechos que probaban que el denunciante era un seguidor de la ley de Moisés, aun cuando se tratara de un ciudadano respetable, digno padre de familia, leal a la Corona, nada servía ante el rigor implacable y el fanatismo religioso del Santo Oficio. Las crónicas revelan que los cripto-judíos formaron, a pesar de todo, importantes comunidades en el Nuevo Mundo y que mantuvieron su fe y sus tradiciones a escondidas, por lo que sus vidas estaban en una situación desesperada, que en cientos de casos terminaba en la hoguera. Sin embargo, esta situación no impidió que vinieran más de ellos en busca de refugio. Las nuevas tierras, con toda su decepción, les parecían más seguras y más llenas de promesas que Europa, a la que abandonaron.

Un acontecimiento importante intensificó la inmigración en masa de judíos ibéricos al Nuevo Mundo. En 1580, España asumió el dominio sobre Portugal y Felipe II ordenó a los Inquisidores portugueses intensificar sus persecuciones y rigor. Por esta época, muchos buques de comerciantes marranos iban y venían de España. Ellos facilitaron un verdadero éxodo de la población judeo-portuguesa y española hacia el Nuevo Mundo. El desembarco clandestino se efectuaba generalmente por Honduras, de donde se dispersaban los judíos por toda Centroamérica o bien cruzaban hacia las Antillas. Miles de ellos llega-

ron también a Panamá. La posición geográfica, el auge comercial, así como también la ineficacia con que actuaba el Tribunal de la Inquisición de Cartagena, atrajo a los hebreos y contribuyó a que un número considerable de ellos se radicase en el Istmo. No obstante, el impedimento de vivir como judíos, las prohibiciones y amenazas que se cernían sobre ellos, por parte del clero, inhibieron sus costumbres y su fe ancestral y poco a poco fueron asimilados. Apellidos como Alvarez, Alvarado, Acevedo, Correa, Cardoze, Andrade, López, Henríquez, Pérez, Alonso, Valencia, Martínez, Rodríguez, Ribera, Quintero, Méndez, y otros, corrientes entre los marranos, prueban que muchas familias panameñas católicas descienden de judeo-conversos que se radicaron en el país desde la temprana época colonial.

El papel que desempeñaron los marranos en las actividades económicas de aquellos siglos, es considerable. En ciertas fases del desarrollo económico, hasta fue decisivo. En la segunda mitad del siglo XVII, la Inquisición mexicana recrudesció sus actividades y celebró varios autos de fe, en los que fueron quemados judíos prominentes. La ineficacia y corrupción de los funcionarios del Santo Oficio, sin embargo, había alcanzado extremos increíbles. Así como se perseguía a un individuo por móviles de intriga que le costaban años de cárcel, condena de

galeras o de exilio, o la hoguera, era posible que otro, cuyas actividades estaban claramente definidas, jamás fuese llamado ni molestado. Esto permitió a muchos cripto-judíos incrementar sus relaciones sociales y comerciales con la floreciente comunidad judía de Amsterdam, Holanda, también de origen sefardita. El contacto se había establecido previamente desde Portugal y se mantenía casi en forma abierta con los judíos de Curazao, St. Thomas, la Guayana Holandesa, que tenían enlaces cada vez más frecuentes con Panamá. Después de 1590, el término "portugués" era invariablemente sinónimo de "comerciante judío". En la competencia entre Inglaterra y España por el control del comercio y de las vías marítimas, comerciantes judíos de las regiones mencionadas tomaron parte activa. En las crónicas que se relatan de aquella guerra económica, se menciona a judíos que se relacionaron con el Istmo. En 1754, James Houston nos hace saber de los lazos que comerciantes judíos de Jamaica tuvieron con Panamá y España.

La declaración de la Independencia de Panamá de España es una fecha de gran significado también en la historia de los judíos de Panamá. Aunque bien es cierto que la situación de los judíos no cambió enseguida, después de que el Istmo quedó integrado como un Departamento de Colombia, se abrieron, no obstante, nuevas posibilidades

para ellos. Los inmigrantes que comenzaron a venir de diversas partes del mundo formaron la realidad de una comunidad judía en Panamá.

¿De dónde vinieron, principalmente, en esta época? De Inglaterra, como rama de las familias judías inglesas que se establecieron en Colombia y que dieron a la literatura colombiana al autor de "María", Jorge Isaacs; de Europa Central, quienes se establecieron en el interior del país; de Jamaica y de otras islas antillanas. Por falta de ambiente y de actividades comunitarias judías, estas familias se encontraban en el proceso de desaparición, pero entonces llegó al Istmo, en la segunda mitad del siglo pasado, una oleada de inmigrantes judíos de origen sefardí, de la región del Caribe, y algunos ashkenazim, de Europa. Esta inmigración fue decisiva para la formación de la comunidad judía de Panamá. En realidad, la historia moderna de la comunidad hebrea de Panamá se inicia en 1849, a raíz del descubrimiento de las minas de oro en California, cuando el Istmo cobró nueva importancia como ruta preferencial para el tránsito de los buscadores de oro y de numerosos viajeros que se dirigían al Oeste de los Estados Unidos.

La inauguración del servicio mensual de Royal Mail Steamship Company, de Jamaica a Panamá, fortaleció el interés de los comerciantes judíos de Jamaica y de St. Thomas en sus

relaciones con Panamá. Panamá, pues, estuvo en el avance durante la Fiebre de Oro de California y algunos comerciantes judíos establecieron empresas, cuyos anuncios pueden verse en el "Panama Star", antecesor de "La Estrella de Panamá" y "The Star & Herald". La mayoría de los nuevos inmigrantes judíos se establecieron en la ciudad de Panamá.

La atracción de Panamá como centro comercial había aumentado claramente al declinar los poderes abusivos del dominio español y las persecuciones del Santo Oficio. Aún después de la desaparición del auge de la Fiebre de Oro, que disminuyó vertiginosamente al construirse el ferrocarril transcontinental por los Estados Unidos, los judíos comenzaron a participar con mayor libertad en la actividad económica del Istmo, unido a Colombia. Es un hecho que en 1835, el Presidente de Colombia, Francisco de Paula Santander, envió a la Cámara un proyecto de Canal por Panamá, cuyo contrato fue concedido al Barón de Thierry y a su socio capitalista, el judío Augusto Salomón, de la Isla de Guadalupe. El proyecto no se realizó, debido a su complejidad y años más tarde los derechos fueron traspasados a otros concesionarios y de éstos, a la Compañía del Canal Francés, dirigida por el Conde de Lesseps, quien tampoco tuvo el éxito deseado.

Una nueva ola de inmigrantes judíos sefarditas llegó de St.

Thomas después del terremoto de 1867. Estas familias, a las cuales se unieron las que vinieron de Curazao y entre las que hay que mencionar a Maduro, Cardoze, De Lima, Lindo, Brandon, Fidanque, Lyons, Sasso, De Castro, Toledano, Del Valle, De Sola, De León, Robles, Melhado, y otros, formaron el núcleo de la organizada comunidad judía de Panamá. En el año 1876 se fundó la primera congregación hebrea en el Istmo, la más antigua comunidad judía de América Central. Comenzaron a funcionar las instituciones comunitarias hebreas: una sinagoga, cementerio, organización de beneficencia. Esta congregación tomó el nombre de "kol Sherith Israel", "La voz de los remanentes de Israel", y existe hasta hoy día, con su sinagoga en Avenida Cuba. Al mismo tiempo se formó también una congregación judía en Colón.

La Guerra de los Mil Días, suscitada entre los partidos políticos colombianos, trajo un estancamiento general en el Istmo, tanto en la educación como en la economía, en salubridad, aun en el ánimo de sus habitantes. Pero fue así mismo la gota que derramó el vaso de la paciencia de los panameños, quienes se lanzaron, por fin, a la lucha decisiva por su separación de Colombia, un anhelo largamente acariciado y varias veces frustrado. En la Guerra de los Mil Días, los comerciantes judíos, con el crédito que otorgaron a sus clientes, les ayudaron a so-

brevivir los tiempos difíciles y a sostener su confianza en el futuro del país.

Los judíos de Panamá desempeñaron un papel de importancia en el logro de la Independencia, en 1903. Ellos contribuyeron financieramente con la Junta Revolucionaria, cuando las promesas de fondos hechas por Buneau Varilla no se realizaron y cuando la demora de unas pocas horas habría hecho abortar el movimiento y aun comprometido la vida de los próceres de la Independencia. Al comenzar el período republicano, aumentó la población judía en el Istmo. Vinieron judíos de Rusia y de otros países de Europa Oriental, donde sufrían persecuciones, y también del Medio Oriente, Turquía y Grecia.

En 1911, casi al finalizar la construcción del Canal de Panamá por los Estados Unidos, vivían en la República 505 judíos. La ola de asimilación fue la principal causa de que a pesar de la inmigración de una cantidad considerable de judíos del Medio Oriente y de Africa del Norte, y de Europa Oriental y Occidental, después de la Primera Guerra Mundial, hubiesen en Panamá sólo 600 judíos en 1936.

En la década del 30, como resultado del dominio nazi en Europa, llegaron inmigrantes judíos de Alemania, Austria y los países de Europa Oriental, amenazada por los nazis. La separación entre los sefarditas y

ashkenazim, que perduró por muchos años, comenzó a hacerse menos rígida. Convivencia social, organizaciones de confraternidad, educación común, derribaron las causas de separación. Es cierto que en la actualidad hay sinagogas para cada congregación, según su origen étnico; diferentes rabinos y hasta cementerios distintos, no obstante, se forma una comunidad de judíos netamente panameños y hay que confiar en que, entre las generaciones venideras, el origen étnico desempeñará un papel de menor importancia.

En el censo que efectuó en Panamá la organización hebrea de la B'nai Brith, en el año 1960, pueden apreciarse los siguientes datos: 1,807 judíos en total vivían entonces en la República. De éstos, 1,387 vivían en la Capital; 257 en Colón; 163 en otras regiones y 200 judíos en los Estados Unidos, en la Zona del Canal de Panamá.

En la actualidad, la población judía llega a tres mil almas, aproximadamente. Existen tres congregaciones, la mencionada Kol Sherith Israel; la congregación de Shevet Ajim (Unión de Hermanos), que reúne a los judíos de origen levantino, la más numerosa, tiene su sinagoga en la calle 44 de la ciudad de Panamá; y la tercera, Beth-El (Casa de Dios) que está formada por un pequeño grupo de judíos ashkenazim y tiene su sinagoga en la calle 72 de Urbanización Obarrio, en la ciudad de Panamá. En Colón existen dos

congregaciones, una cuyos miembros descienden de los inmigrantes de las islas antillanas y otra formada por descendientes de judíos de origen levantino. Un Concejo Central Comunitario actúa como entidad suprema que une a toda la población hebrea de la República y constituye un organismo de carácter social y cultural. La comunidad hebrea de Panamá aprecia cordialmente el hecho de que nuestra República estuvo entre los Estados que más ardientemente respaldaron el renacimiento del Estado de Israel y que mantiene lazos de sincera amistad con el Estado hebreo, abarcando su cooperación diferentes campos de la economía y de la cultura.

Los judíos aportaron al desarrollo económico de Panamá. Favorecieron las condiciones de tolerancia y libertad, sin ninguna distinción. Con la construcción del Canal, Panamá se convirtió en un centro comercial internacional y los judíos comenzaron a distinguirse en diferentes aspectos de la economía, particularmente en la pequeña industria, ayudando en esta forma al adelanto de la República. Las principales ocupaciones de los judíos son el comercio, las actividades bancarias y la pequeña industria, en la que han sido verdaderos pioneros en nuestro país. Algunos desarrollaron plantaciones de café y cítricos, fincas productoras de aves de corral y ganadería. En los últimos decenios observamos tam-

bién un definido aporte judío al desarrollo de la cultura nacional. Tenemos ya una generación de profesionales judíos en Panamá. El Dr. Ezra Hurwitz se inscribió con letras de oro en la medicina panameña; fue él quien fundó el Hospital para Leprosos de Panamá, situado en Palo Seco. Lo dirigió con idealismo ejemplar por muchos años y contribuyó con su aporte científico a la eliminación de la lepra en este país. Le acompañó en su consagrada misión su esposa. Ambos se hicieron acreedores al reconocimiento nacional, que se reflejó en las altas distinciones que les otorgó el Gobierno de la República.

Entre los fundadores del Cuerpo de Bomberos de Panamá, organismo revestido de gran prestigio, por su disciplina y abnegación, figuran los judíos David H. Brandon y David De Castro. Hay que mencionar también el aporte judío a la cosa pública. Como alcalde de la ciudad de Panamá actuó durante mucho tiempo M. D. Cardoze. Algunos ciudadanos hebreos llegaron a ocupar las más altas posiciones en el Gobierno Nacional. De 1964 a 1968, Max Delvalle fue Primer Vice-Presidente de la República y por cierto tiempo ocupó la más alta magistratura de la nación.

En la música tiene grandes méritos el profesor Herbert De Castro, fundador de la Orquesta Sinfónica Nacional. El profesor De Castro, violoncelista de fama internacional, transmitió su ins-

piración y fervor musical a sus discípulos, realizando así una contribución valiosa a la educación artística en Panamá.

En la actualidad, los judíos se distinguen como profesionales en numerosas ramas del quehacer nacional. Woodrow De Castro fue miembro de la Junta Asesora del Tribunal Electoral, en donde contribuyó a la elaboración del Estatuto Electoral. Así mismo, los judíos ocupan posiciones entre el profesorado universitario; de éstos mencionaremos unos cuantos: Ricardo Holzer desempeña cátedra de arquitectura; Isaac Abadi y los hermanos David e Isaac Lowinger, cátedras de ingeniería; el Dr. Víctor Levy Sasso es el Decano de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Panamá. Participan en las tareas técnicas de la planificación económica nacional: Eli Abbo, como Sub-Secretario de la Presidencia y José Sokol, como Sub-Director de la Dirección de Administración y Planificación de la Presidencia. Un número considerable de miembros de la comunidad hebrea ha obtenido altas distinciones de la nación, por razón de sus méritos.

Encontramos también judíos que tratan de aportar al arte. Mencionaremos a dos conocidos artistas: Henry Dzienczarsky y Nessim Bassán. La crítica ha recibido al joven Nessim Bassán como un revolucionario que trae nuevas corrientes al arte pictórico panameño.

También en la educación panameña los judíos han realizado un aporte sustancial. En la elaboración de la Reforma Educativa y en otros campos de asesoría y participación directa en las tareas educativas, actúan profesionales judíos.

El Instituto Alberto Einstein, fundado por la comunidad hebreo-panameña, es el colegio que proporciona educación pre-primaria, primaria, y secundaria a panameños sin distinción de raza o religión. Fue fundado en 1954, ha promovido hasta la fecha once graduaciones de Bachilleres y forma parte valiosa e integral de la educación nacional.

Así, pues, como en círculos concéntricos que poco a poco han venido cerrándose, hasta reunir en esta pequeña República toda la gama de sus vicisitudes, tradiciones, luchas e idiosincrasias, he tratado de presentar ante ustedes los antecedentes históricos de la comunidad hebrea de Panamá, que hoy suma a sus características ancestrales, las propias de esta tierra a la que aman con el fervor de todos sus hijos. Hoy vemos a los descendientes de aquellos comerciantes de Curazao o de Amsterdam danzar bulliciosamente al compás de las danzas típicas panameñas, al mismo tiempo que adoptan con vehemencia la doctrina patria: el anhelo de soberanía que une a todos los hijos de este suelo.

Y es que, esta nación heterogénea, que por fin siente consolidado su espíritu único, responde, diría yo, a un estímulo común: el de sentirse libre y respetado. El panameño, fruto de tantas razas y culturas, ha sido capaz de sortear todos los flujos y reflujos culturales y de consolidar cada vez más firmemente su nacionalidad. Esa nacionalidad cuyo ingrediente

principal es el espíritu abierto que caracteriza a sus habitantes, quienes no paran mientes en admitir al extraño, al que fácilmente incorporan a sus alegres modales, a su hospitalidad, a ese "hacerlo hijo de esta patria", que no es común en todos los lugares del mundo.

Panamá, 12 de diciembre de 1972.

BIBLIOGRAFIA

- Beller, Jacob: Jews in Latin America, New York, 1969.
- Castillero, Alfredo: Políticas de poblamiento en Castilla del Oro y Veragua en los orígenes de la colonización, Panamá, 1972.
- Fidanque, E. Alvin: Jews and Panamá, New York, 1970.
- Houston, James: Life in Asia, Africa and America from 1690 to the present. London, 1753.
- Isaacson, José y Santiago E. Kovadloff: Comunidades judías de Latinoamérica, Buenos Aires, 1970.
- Klepfisz, Heszal: Un año en el Instituto Alberto Einstein. Panamá, 1961.
Realidad y Visión, Panamá, 1965.
- Lea, Henry Charles: The Inquisition in the Spanish Descendancies, New York, 1922.
- Liebman, Seymour B: Los judíos en México y América Central (fe, llamas e Inquisición), México, 1971.
- Madariaga, Salvador de: Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón, Buenos Aires, 1959.
- Roth, Cecil: History of the Marranos, Philadelphia, 1959.
- Torroba Bernaldo de Quirós, Felipe: Historia de los sefarditas, Buenos Aires, 1968.
- Documento:
A/M.N./INQUISICION. Lcg. 1185. - Expediente No. 25. - Pruebas de Limpieza de Antonio Franco de Lara para Familiar de la Inquisición, 1625. Aportado por el Dr. Alfredo Castillero al autor.

*Los corregimientos como célula
de Gobierno local*

Durante los últimos tiempos, la palabra Corregimiento se ha popularizado en el vocabulario político y entre los técnicos que se dedican a planificar el desarrollo socioeconómico del país. El término tiene diversas acepciones e interpretaciones de acuerdo a la persona que lo utiliza. Para el hombre común, el vocablo Corregimiento significa el lugar donde vive y donde recibe la acción directa del Gobierno. Para el jurista, constituye el primer eslabón en la aplicación de justicia, ya que todos los casos de delitos menores se deslindan a este nivel. Para el político actual, es la unidad representativa ante la Asamblea

Nacional de Representaciones de Corregimientos. Para el sociólogo, es una compleja red de relaciones sociales donde nace la sociedad panameña, con sus secuelas de problemas sociales y económicos.

Sin embargo, formalmente, podemos definir al corregimiento como formado por un conjunto continuo de lugares poblados, que dentro de la concepción político administrativa constituye la célula básica que conforma el Estado panameño. Dentro de su circunscripción, habita un número de personas heterogéneas que comporten las mismas tradiciones, las mismas costumbres, los mismos recursos

Conferencia dictada por el Lic. César Rodríguez, Vice-Ministro de Gobierno y Justicia, en el Tercer Simposium Nacional de Antropología, Arqueología y Etnohistoria.

y padecen los mismos problemas. Su jefe político es el representante electo a la Asamblea Nacional de Representantes de Corregimientos. Su jefe civil lo constituye el Corregidor, quien además tiene funciones policíacas. En el despacho del Corregidor se deslindan desde problemas de relaciones familiares hasta problemas de tenencia de la tierra.

De acuerdo con el Código Administrativo en su Capítulo Segundo, artículo 862 que describe la jerarquía policíaca de la República, coloca en primer término al Presidente de la República con jurisdicción en todo el territorio Nacional. Luego a los Gobernadores con ámbito provincial. Después a los Alcaldes con acción en todo el Distrito y de cuarto, ubica a los Corregidores con autoridad en los Corregimientos y barrios. Este hecho es de suma importancia pues inviste al corregimiento de una gran importancia en la administración de justicia. Sus fallos, aunque son apelables, generalmente van cargados de toda fuerza de justicia popular que ante la naturaleza real de los hechos muchas veces son incomprensibles. Es más, de acuerdo con el mismo código, en su artículo 718 dice de la autoridad de los corregidores que los gobernadores podrán asignarles funciones que le correspondan a los alcaldes, descansando así las acciones del gobierno en estas unidades administrativas. Esto explica, por qué en tiempos preté-

ritos, era más importante ser Corregidor que Gobernador o Alcalde.

Interesante es observar, a través de nuestra época pre republicana, los fundamentos y las condiciones que hacen propicia la creación de un corregimiento. Así por ejemplo, el "Código Político o Municipal" de aquellos tiempos, en su artículo 198, expresa que: "Cuando un Distrito tenga caseríos de alguna importancia en los cuales convenga establecer una administración especial, se erigirán en corregimientos y serán regidos por un Inspector de Policía que ejercerá sus funciones bajo la dependencia del corregidor, de acuerdo con las instrucciones del alcalde".

Así apreciamos que con esta filosofía, se crean el 20 de mayo de 1895 los corregimientos de Pueblo Nuevo y Naos e islas adyacentes. El 21 de junio de 1895, se forma corregimiento la población de la Boca, hoy en la Zona del Canal. Estos corregimientos formaban parte del Distrito de Panamá. El 30 de agosto del mismo año, el Municipio de Arraiján eleva a la categoría de corregimiento a la población de Cocolí. El 28 de agosto de 1896, el Municipio de Arraiján clasifica al caserío de Farfán en corregimiento, mediante acuerdo del Consejo Municipal. Todas estas poblaciones alrededor de la construcción del Canal de Panamá fueron elevadas a la categoría de corregi-

miento por la importancia que iban adquiriendo estos caseríos en la vida económica y social de la República. Con esta misma idea, el 9 de enero de 1896, el Honorable Consejo Municipal de Chepo anuncia la creación del Corregimiento de Corozal, hoy ubicado dentro de la Zona del Canal de Panamá. Todos estos corregimientos señalan, en sí mismos, un acto de plena jurisdicción territorial de los gobiernos locales de aquella época, al dársele la importancia a estas áreas por su crecimiento poblacional y laboral de aquellos tiempos. A manera de ilustración, paso a transcribirles, la Resolución No. 115 del 5 de octubre de 1905, firmada por el Secretario de Gobierno y Relaciones, que dice así:

**“República de Panamá
Poder Ejecutivo Nacional
Secretaría de Gobierno y
Relaciones Exteriores
Departamento de Política Interior**

**Número 115
Panamá, 5 de Octubre de 1905**

En virtud de lo dispuesto por el 198 del Código Político y Municipal, el Ayuntamiento del Distrito de Pinogana ha solicitado la anuencia del Poder Ejecutivo para erigir en Corregimiento el caserío de Boca de Cupe que por el grado de progreso comercial e industrial que ha alcanzado en los últimos tiempos y por estar situado a larga distancia de la cabecera del Distrito necesita una administración especial.

El señor Gobernador de la Provincia de Panamá, a quien se

pidió concepto respecto de la conveniencia que pudiera haber en conceder el permiso solicitado, dice en oficio número 489, fechado ayer, lo siguiente:

“... este Despacho conceptúa que es conveniente para la mejor marcha de la administración pública en el Distrito de Pinogana, erigir en Corregimiento el caserío de Boca de Cupé, como lo solicita la Corporación Municipal”.

“En aquellos apartados lugares, la acción del Gobierno supremo, no puede llegar con toda su eficacia en algunas ocasiones, por lo tardío de la comunicación, y la erección de ese Corregimiento, es a todas luces una ayuda para subsanar este mal, sobre todo Boca de Cupé por su movimiento comercial y el tránsito para las minas de Cana, necesita la inmediata acción de la autoridad”.

En consecuencia,
Se resuelve:

Autorizar al Concejo Municipal del Distrito de Pinogana para que erija en Corregimiento el caserío denominado Boca de Cupé. Mientras la próxima Asamblea Nacional apropia la partida necesaria para el pago de los sueldos del Inspector de Policía del nuevo Corregimiento y de su Secretario, esos empleos se considerarán *ad honorem*, de acuerdo con lo que dispone el artículo 237 del C.P.M. (Código Político Municipal).

Regístrese, comuníquese y publíquese”.

Rubricada por el señor Presidente.

Además del concepto de auge económico de los caseríos, se erigían en corregimientos aquellos lugares apartados, en donde la acción de la justicia no llegaba plenamente y por consiguiente la inseguridad de la vida de los asociados. Así tenemos que en el año 1896, con este concepto de justicia e inseguridad, se crean el 15 de mayo el corregimiento de Cama en el Municipio de Pinogana. El 17 de junio el corregimiento El Llano en el Distrito de Chepo. El 5 de septiembre el de Paritilla en el Distrito de Chitré. El 19 de agosto se crea el corregimiento El Coco en el Distrito de La Chorrera. Un año más tarde el 7 de abril de 1897 se crea el corregimiento de Otoque en el Municipio de Taboga y el 14 de mayo en el Municipio de Pinogana se crea el de Tucutí, teniendo como base la distancia y la inseguridad de aquellos sectores de la República. En la época republicana, el 30 de enero de 1906, se erige en corregimiento a la población de El Cristo. Lo mismo, en la provincia de Veraguas, se crea el corregimiento de Pixbae y el 4 de octubre la apartada población de Garrote, en el Municipio de Portobelo, provincia de Colón, se eleva a la categoría de corregimiento.

La Resolución 208 del 3 de agosto de 1906, señala la distancia de las poblaciones como parte importante en la creación de los corregimientos.

**"República de Panamá
Poder Ejecutivo Nacional
Secretaría de Gobierno y
Relaciones Exteriores
Departamento de Política Interior**

Número 115

Panamá, 5 de Octubre de 1905

El Concejo Municipal del Distrito de Santiago (Provincia de Veraguas) ha solicitado la aquiescencia del Poder Ejecutivo para erigir en Corregimientos los caseríos de Guay y Mariato, pues estima muy conveniente establecer en esos lugares una administración especial.

A fin de resolver lo conveniente este Despacho ha querido oír la opinión del Sr. Gobernador de la Provincia de Veraguas quien ha satisfecho ese deseo. Con efecto en oficio número 100 de 13 de los corrientes dice a este Despacho:

Soy de concepto que es conveniente el establecimiento de un corregimiento en los caseríos de Guay y Mariato, jurisdicción del Distrito de Santiago porque la larga distancia a que esos lugares se encuentran de la cabecera y la preponderancia que van tomando con motivo de los trabajos emprendidos en ese rico territorio por la empresa agrícola que ha adquirido por compra parte de esos terrenos, hace necesaria la presencia de la autoridad para reprimir y castigar los males e impedir los abusos.

Los vecinos de esos lugares se encuentran hoy fuera de la ley porque la acción de la autoridad no llega hasta allá por no contar con un agente inmediato que

haga respetar y cumplir el mandato legal a la vez que ampare sus derechos a los ciudadanos que tienen allí radicados sus intereses.

En vista de eso

Se resuelve:

Autorizar al Concejo Municipal del Distrito de Santiago, para que erija en corregimiento los caseríos de Guay y Mariato. Mientras la Asamblea Nacional destina la partida necesaria para el pago de sueldos, los empleados de las Inspecciones de Policía de los nuevos Corregimientos desempeñarán sus funciones ad honorem.

Regístrece, comuníquese y publíquese”.

Rubricada por el señor Presidente.

Como se puede apreciar en estos cortos apuntamientos de nuestra historia de los gobiernos locales, los corregimientos eran verdaderamente importantes en la estructuración de la nueva República en 1903. Para el hombre panameño de aquella época y, en especial para el político, era más importante ser Corregidor que ocupar cualquier otro puesto público en las reparticiones gubernamentales. Porque en aquella época, el corregidor gozaba del prestigio, tenía plena autoridad, era el representante del Ejecutivo, tal como lo señala el Código Administrativo y básicamente constituía un auténtico brazo de gobierno.

No obstante esta vital importancia del corregimiento en la organización del Estado, paulatinamente fue descendiendo su importancia y decallendo su prestigio hasta convertirse en células muertas de la Nación. Su aniquilamiento se inició por el corrompimiento político, primero, y por la creación de nuevos organismos que neutralizaron y anularon sus acciones.

No fue hasta agosto de 1971, en la Primera Asamblea Nacional de Corregimientos, llevada a cabo en el Palacio Legislativo, que deviene el renacimiento de los corregimientos de la República, cuando en uno de sus mejores discursos el General de Brigada Omar Torrijos Herrera resaltó la vigorosa importancia de estas unidades de gobierno local al expresar: “que si queremos una organización política propia para los panameños, propia para el desarrollo, propia para romper tantos esquemas de injusticia que había, tenemos que sacar una organización política que surja del corregimiento hacia los ministerios, hacia la capital” y agrega enfáticamente: “siempre se le ha dado muy poca importancia a ustedes, (los corregidores) a pesar que nadie puede negar que el país descansa sobre 500 pilares, que son 500 o 450 corregimientos en el país”.

A partir de estos juicios, se estrema todo el engranaje gubernamental al tomar fuerza los corregimientos como verdaderos

soportes del desarrollo y de la organización del país. Además de introducirse la importancia política de los corregimientos, se presentan como módulos sociales de desarrollo por donde el flujo de programas puede canalizarse para el logro de un progreso integral y sostenido de la República.

Esta visión desarrollista del corregimiento se fundamenta, también, en nuestra organización comunitaria de acuerdo con el último censo de 1970, donde se puede apreciar que de 9, 313 lugares poblados, menos de 50 habitantes constituyen 5,897 pequeñas comunidades. De 50 a 99 habitantes lo forman 1,530 caseríos. De 100 a 499 habitantes forman 1,597 localidades, mientras que de 500 a 999 habitantes solamente lo forman 187 poblaciones. Es dramático observar que solamente hay 6 poblaciones que tienen de 5,000 a 9,999 habitantes; 3 localidades tienen solamente de 10,000 a 24,999 personas; 4 lugares poblados existen con 25,000 a 99,999 habitantes y una población tiene 100,000 o más habitantes. Estas estadísticas nos están indicando claramente que nuestra población vive dispersa a lo largo y ancho del Istmo panameño en pequeñas poblaciones de menos de 50 habitantes. De tal suerte que la visualización del corregimiento

como unidad de desarrollo socio económico está en armonía con nuestra organización social y de seguro rendirá los frutos de progreso y avance para el hombre panameño.

Por otra parte la carta política de 1972, consolida la importancia de los corregimientos, al crear en su capítulo segundo, la Asamblea Nacional de Representantes de Corregimientos como Organismo Legislativo. Así mismo en el artículo 224 se establece la norma de que en cada corregimiento habrá una Junta Comunal que velará por el progreso y avance de estos módulos sociales que son los corregimientos.

Ha sido el objetivo de esta breve exposición, la de resaltar la importancia del Corregimiento como célula básica del gobierno local y para que los estudiosos de las ciencias sociales se dediquen a indagar más a fondo sobre sus realidades. Es conveniente, que de este Tercer Simposium Nacional de Antropología, Arqueología y Etnohistoria, surja el firme propósito de los científicos sociales panameños, de efectuar investigaciones exploratorias de los diversos corregimientos, para establecer patrones socio culturales entre ellos y a su vez las pautas de una verdadera sociología del desarrollo de Panamá.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS.

ALBA C., Manuel María

**"Cronología de los Gobernantes de Panamá".
Panamá: Ministerio de Educación. Dirección Nacional
de Cultura. 1967.**

CASTILLERO, Ernesto J.

**"Historia de Panamá".
Imprenta Panamá, S. A. 1962.**

Revista

"PANAMA PROGRESA". 1953.

GUILLERMO CASTRO H.

JAMES ENSOR, *pintor* A LIGIA

James Ensor, pintor belga, representa un importante jalón en el proceso en que, a fines del siglo XIX, el arte europeo iniciaba su camino hacia la contemporaneidad. Su vida, al propio tiempo, resulta un modelo para el estudio y la comprensión de la situación del sector de la intelectualidad europea que, en ese momento crucial, se aferró a las banderas del romanticismo reaccionario en su modo de enfrentar críticamente la sociedad burguesa de su tiempo.

Nace en Ostende en 1860. Muere en Ostende en 1949. Ha vivido 49 años de profunda introversión y rechazo al mundo burgués, encerrado la mayor parte de ellos en la casa paterna, de la cual emergían sus pinturas

como gritos de bíblica condenación a un medio social repulsivo. Desde 1900, según opinión generalizada de la crítica, ha dejado de ser un pintor inspirado. Rechazado por todos, la aparición de las vanguardias lo hizo merecedor de un sitio en la historia del arte como antecedente del expresionismo. En 1949, explicado, fijado, consagrado, asiste —poco antes de morir— a la inauguración del monumento que sus odiados burgueses le erigen en vida. Realmente, muere antes de morir, en esta ceremonia que le induce a salir de su refugio y aceptar la realidad de su destino. Ha claudicado, tras más de 60 años de rabiosa e inútil intransigencia ante un mundo que, en todo caso, se li-

mitó a criticar tal como lo veía reflejado en el espejo de su ideología.

Para Mario de Micheli, la derrota de la Comuna de París (ocurrida en 1871, a 11 años de nacer Ensor) marca la desintegración de la unidad de acción entre trabajadores y artistas ante las luchas políticas europeas. A partir de este momento, se produce una marginación de importantes sectores de la intelectualidad europea, la cual deriva en el mejor de los casos hacia posiciones de crítica no participante, y pasa a buscar un propio camino solitario dentro de la historia. Anhelo imposible, si la historia es la historia de la lucha de clases. En consecuencia, la visión del artista se desgarrá, se atomiza: busca apropiarse de una realidad que, desprovista de toda explicación coherente para él, sólo es percibida a partir de las impresiones momentáneas que deja su acontecer. Sin embargo, esta misma realidad tiene la coherencia y el peso suficientes para aplastar el intento impresionista de apresarla en las telas. Ante esta Erinna omnipresente, los artistas más auténticos de fines del siglo XIX se ven envueltos en el conflicto entre su clarividencia sensible de los problemas éticos y morales de su época, y la impotencia de su arma de crítica y análisis —la pintura— para reflejar y trans-

formar efectivamente esa realidad en el terreno de la conciencia de los hombres.

Tres hombres del Norte brumoso y protestante —Van Gogh, Ensor, Munch—, que constituyen una trilogía revolucionaria en la historia del lenguaje pictórico poco explorada como tal, se aplicarán a intensas indagaciones en el terreno de las posibilidades expresivas de la pintura en la nueva situación. Cada uno obtendrá ricos resultados, plasmados en ricos estilos de estrecha relación entre sí que serán determinantes en las posteriores etapas de evolución del arte europeo. El examen de Munch y Van Gogh ha de quedar para una mejor ocasión, deseada y necesaria. Las referencias en este caso se ceñirán esencialmente al irracionalismo de James Ensor.

“Condenamos ante todo la infame doctrina de Descartes, el siervo banal de la odiosa Cristina de Suecia y el estúpido Malebranche; sus malsanas doctrinas tienden a esterilizar los corazones en nombre de la razón” (1). Por boca de Ensor habla la más pura tradición del romanticismo reaccionario, heredero de Madame de Stael, preñada del puritanismo irracional que fermenta en cada hogar burgués de la Bélgica de fines del XIX. Una sociedad que se pudre en sus trescientos años de estabilidad, que culminan en el más comple-

(1) James Ensor, *apud*. Marcel de Meyor: “James Ensor. Una conciencia creciente de la libertad creadora del hombre en el arte moderno” en Pinacoteca de los Genios No. 152, Editorial Codex, Buenos Aires, sin fecha, sin numeración de páginas.

to fariseísmo moral. Un mundo poblado por hombres de largas narices que se pascan bajo la lluvia, cristianos de nombre que todo lo miden, lo aplastan y lo ensucian con su racionalismo pragmático e hipócrita. Ensor, hombre culto, educado en las rígidas normas morales del Norte y —me atrevo a afirmarlo— profundamente religioso, reacciona ante ese mundo con la única alternativa que le permitía su formación ideológica: la condena, el desprecio escéptico y la amarga ironía que ha de marcar lo más representativo de su obra.

Sin embargo, estos sentimientos se dan en Ensor como un proceso que es, al propio tiempo, el de la evolución de su pintura en asuntos, técnicas y significados. Recién terminados sus estudios de arte —y dentro de su período “oscuro”—, Ensor se mueve dentro del terreno de la intimidad familiar. Regazos lejanos del impresionismo hablan de la lucha por venir contra “la luz que corroe las formas” (2). Sus figuras conservan plena lucidez formal, modeladas a espátula con colores que hablan un lenguaje aún convencional. Hay un tono de quietud, de sosiego agotado y polvoriento que establece barreras de silencio entre los hombres. En 1881, *La señora triste* anuncia las búsquedas en pos de una mayor expresividad en el uso de los colores. Morte-

cinis tonos de agudo contraste hablan todavía de un intento de acercamiento a los que sufren como la mujer gris en la paleta burguesa. El intento de superar la incomunicación enajenada mediante la identificación con el sentir de otros alcanza aquí un momento climático que ya no volverá.

A partir de 1883, la visión del mundo burgués pasa a tornarse más y más escéptica. Consecuentemente, el paso a un moralismo pleno de sarcasmo conlleva alteraciones técnico-formales que han de desmebocar en el llamado “período claro”. A este respecto, su autorretrato *Ensor con el sombrero florido* es un ejemplo decidor. El original de 1883 se refiere aún a un hombre con fe en sí mismo, expresada en el trazo seguro, los colores sobrios y el diseño de una mirada penetrante y comprensiva. En 1889, Ensor retocará este prototipo del período oscuro, pintándole un sombrero femenino adornado de flores y plumas, todo en tonos claros. Por otra parte, encerrará la figura en el marco de un espejo, con lo cual la imagen antes real se convierte en mero reflejo visionario de una mente atormentada por el conflicto insalvable, al nivel de la ideología burguesa, entre un ser efectivo y un pretendido deber ser. El efecto es plenamente dramático: este hombre ha llevado su escepticismo hasta su pro-

(2) Micheli, Mario: *Vanguardias artísticas del siglo XX*. Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1968.

pia persona, en el momento que anuncia su más violenta incursión contra el mundo exterior burgués.

En uno y otro período —y esto es fundamental— Ensor se nos muestra como militante de una cultura cuyas raíces han sido fecundadas por hombres como Jerónimo Bosch, Peter Bruegel, Rembrandt van Rijn, Martín Lutero e Ignacio de Loyola, así como participa de la herencia del maestro Francisco Goya. Es, además, el momento del XIX en que Europa se define más que nunca como una unidad espiritual a partir su convulsa situación interna. Es indudable, en el período claro de Ensor, la presencia formal y espiritual de las alucinantes creaciones del Goya de los aquelares. La obra de Ensor se llena aquí de leit-motiva simbólicos en su tratamiento de los humanos, máscaras de horribles carnavales, esqueletos que llenan las mansiones de Ostende. El tono de fanfarria alegórica aumenta de cuadro en cuadro, a partir de una búsqueda de violentos contrastes de color que reafirman el sentido de la deformación atroz de los antifaces que ocultan rostros inexistentes.

1889 es el año climático de Ensor, el año de *La entrada de Cristo en Bruselas*. El solo análisis de pintura-manifiesto requeriría un texto de mucha mayor envergadura que la presente reseña. Estamos ante una de las obras más importantes de la historia de la pintura occidental,

quizás el punto de mayor tensión del arte flamenco. Junto a *El Grito*, de Edward Munch y el famoso autorretrato de Van Gogh con la oreja cortada, forma la más excelsa trilogía representativa de las capacidades creadoras específicas del hombre del norte europeo. Al propio tiempo, esta obra de tremendo contenido crítico al mundo burgués no podía resultar sino de la propia cultura analítica burguesa, aplicada a la visión irracional que anunciaba la alborada aún lejana de la introspección expresionista, en busca de los últimos sedimentos condenatorios de una sociedad corrompida en su adoración al becerro de oro.

Munch participa en sus creaciones de la angustiada inseguridad de un mundo que crujía; Van Gogh todo es un dramático llamado a la solidaridad con los pobres y los que sufren en la tierra. Nada de eso hay en Ensor en 1889-1890, los años de plena realización de sus ideales pictóricos e ideológicos. Sólo un hombre que se desligara de toda identificación con unos semejantes a los que despreciaba podía ofrecernos este espectáculo de inhumano escepticismo, que fascina por su misma maldad. El verde y el rojo, colores predominantes en estado puro, dan el contraste chillón a partir del cual se establece toda la gama de significados que cabe desprender de la tela. Todo es falso aquí: la perspectiva plana que encima las figuras sobre el espectador; los rostros de huevo y

fresa; el cristo que se exhibe por las calles con música militar. En su afán de expresividad, Ensor recurre —más allá de lo pictórico— al propio lenguaje verbal; “Viva la Social”, “Viva Jesús, rey de Bruselas”, “Fanfarrias Doctrinarias”. Las palabras reafirman y definen lo dicho por las formas y colores. Un ineludiblemente detallismo —herencia de Bosch y Bruegel— presta más y más elementos significativos al tratamiento del tema, dentro del esquizofrénico sentido de unidad del conjunto. Todo Bruselas, todo el sistema está allí; el hombre capaz de solidaridad que en 1881 pintó *La señora triste* ha muerto al convertirse en un amargado reaccionario, que aplica su talento en un solo grito de condenación absoluta. Ensor, de momento, deja este mundo para situarse en el de los terribles e inhumanos profetas del antiguo testamento.

Si bien hoy en día, y a la luz del materialismo histórico, la filiación ideológica de Ensor se nos revela como resultante una derivación extrema del romanticismo reaccionario, ello no invalida los aportes que, para la comprensión del arte y los artistas en el momento crucial de su asalto a la contemporaneidad, se pueden obtener de sus pinturas y escritos. Afirma Ensor, por ejemplo:

“¡Oh, los vulgares clasificadores de artistas! Según estos sostenedores de efemérides, la adorable fantasía, la flor azul del rocío, la inspiradora del ar-

tista creador debería ser expulsada del programa del arte. Compadezcó a los pintores de la manera precisa, decidida, condenados al trabajo uniforme, según datos conocidos, porque a ellos les está vedada la evolución. Privados de las alegrías que dan los descubrimientos, encerrados en su cáscara o en sus estuches de prudencia, aparatos mecánicos de la reproducción idéntica, imaginaciones y manos serviles, cerrados a todo esfuerzo, condenados a continuar con la esterilidad de las bellas maneras fáciles, perseguidas incansablemente sin ningún progreso ni regresión, nacidos muertos, enredados en la trampa” (3).

El irracionalismo anárquico, el afán crítico absolutizador palpitan en cada línea. Anuncia, sin embargo, a los ismos por venir, haciendo patente la crisis de los recursos expresivos del arte “oficial” —que ya incluía al impresionismo— del XIX europeo, incapaz de dar cuenta del sordo resquebrajamiento del mundo que lo nutría como a una planta parásita. Ensor no cree, como Van Gogh, en un mundo mejor que ha de llegar con el nuevo siglo; por el contrario, su posición es absolutamente decadente. Es un adorador de sí mismo que, tomándose como medida de todas las cosas, absolutiza en torno a sí, hechos históricos que son en realidad múltiples y cambiantes. Su arte es, en este sentido, esencialmente religioso, referido a una concepción de la existencia humana determinada

por un fatalismo inmanente que cierra todo camino a la acción sobre la realidad.

De Ensor nos queda, como aporte verdadero, su audaz indagación en las posibilidades expresivas de una rica herencia cultural, cuyos resultados se plasman en la efectividad de su lenguaje. Encasillarlo como mero deudor del fierismo francés es cosa de tontos graves. Ha perjudicado mucho a la historia del arte occidental moderno y contemporáneo un galocentrismo excesivo, que tiende a convertirla en un archivo de etiquetas. Nada francés explica a Ensor tan bien como su raigambre flamenca, que florece en el

cieno de la sociedad burguesa belga de fines del XIX. Al propio tiempo, resulta sintomático que el propio Ensor se haya estancado a partir de 1900. Su visión de sí mismo y de la realidad se agotaba en el lenguaje de sus obras de 1889-1890; sólo una posición abierta a la comprensión cabal de la vida social y al compromiso efectivo con la realidad —por ejemplo, el mejor Picasso— le hubiera permitido mantenerse en el camino de evolución y progreso que exigía a los demás. Aspiración que sólo logra quien es capaz de mantenerse de cara a la vida, en diálogo permanente con los hechos de la realidad.

JUAN A. SUSTO

Panameños de la época colonial

69 – DON VICTOR DE LA GUARDIA Y AYALA.

En la ciudad de Penonomé, nació el 11 de marzo de 1772 don Víctor de la Guardia y Ayala, del legítimo matrimonio de Don Tomás Esteban de la Guardia y Ayala y de doña María Isabel Jaén, personas de reconocida nobleza y tenidos como honrados en el Reino de Tierra Firme.

Desde pequeño se distinguió por su claro talento. Obtuvo en temprana edad el cargo de administrador de correos de su pueblo natal, que sirvió con consagración por varios años, y mas tarde el empleo de alcalde ordinario de la ciudad de Natá.

El 22 de Mayo de 1796, á los 24 años, sucedió á su padre, por nombramiento hecho en él para el delicado puesto de Teniente Guarda Mayor de la ciudad de Natá de los Caballeros, en cuyo destino, por su actividad y celo infatigables consiguió extinguir las introducciones clandestinas que se hacían por la boca del Río Coclé. Estos empleos los desempeñó sin remuneración alguna.

Por Real Decreto de 9 de Octubre de 1802, el Rey de España, lo nombró por Alcalde Mayor de la ciudad de Natá y Villa de los Santos, en reemplazo de su padre, Don Tomás de la Guardia, que se había ordenado de sacerdote.

“Desde este día —dice su hoja de Méritos y servicios— se dedicó con infatigable tarea al lleno de sus muchas obligaciones. Res-

tableció y construyó de nuevo las casas del cabildo de dicha ciudad y villa que estaban arruinadas; veló acerca de la mejor educación de la juventud; aumentó sin gravamen particular el ramo de propios; reunió á población y sociedad los vecinos dispersos en los campos, estimulándolos á que fabricasen sus casas según la posibilidad de cada uno; fomentó á un grado superior la agricultura.”

En 25 de Septiembre de 1818 por un Real Decreto se le conceden los honores de Intendente de Provincia. Años mas tarde fue trasladado á Guatemala y hallándose en Nicaragua, fue proclamada la Independencia, de Guatemala. El Gobierno Iturbide, le confió el gobierno político de Granada, empleo que desempeñó por un año, pues tuvo que abandonarlo con motivo de la revolución de 1823, resolviendo entonces regresar á Costa Rica, para fijar su residencia en Guanacaste.

En ese mismo año de 1823, la Asamblea Provincial de Costa Rica le nombró Coronel del Batallón Provincial y murió cuando se disponía á tomar parte activa en la política.

Fue su hermano Don Eduardo de la Guardia y Ayala, Administrador de Correos de Penonomé y fueron sus demás familiares los siguientes: primo de don Juan de Dios de Ayala, Gobernador de Costa Rica de 1810 á 1819; abuelo del general costarricense Don Tomás Guardia. Sus tios abuelos el doctor Antonino de Ayala y el doctor Manuel Joseph de Ayala, cuyas biografías hemos publicado en crónicas anteriores. Sus tíos por la línea materna: Don José Jaén, Teniente de Justicia de Penonomé y don Cayetano Jaén, presbítero, quien hizo obras de mucho mérito en su pueblo nativo, Penonomé.

Estante 109, Cajón 1, Legajo 20 y 21; Estante 136, Cajón 8, Legajo 7; Estante 144, Cajón 7, Legajo 2 del Archivo general de Indias de Sevilla.

70 -- EUGENIO GUERRA DE ACUÑA.

Del matrimonio de don Cristóbal Núñez de Acuña, Regidor, Veinticuatro, Escribano Mayor de Minas y Registros, de Panamá y de doña Gerónima de Murcia y Acuña, nació en la ciudad de Panamá, Eugenio Guerra de Acuña.

Sus padres, al morir, lo dejaron con cuatro hermanos, y en suma pobreza. Siguió á la Iglesia y se ordenó de sacerdote. “Era —de los testigos de la información de méritos— persona limpia y sin raza de judíos e moros, virtuoso, hábil y suficiente.”

En el año de 1613, siendo Clérigo Presbítero solicitó una de las Canongías de las Catedrales de Lima, Cuzco, Quito, Charcas ó

Trujillo. Se le concedió la de esta ciudad de Panamá, en cuyo cargo murió en el año de 1621.

Estante 69, Cajón 4, Legajo 34 del Archivo General de Indias de Sevilla.

71 – BACHILLER LUIS GUERRA DE ACUÑA.

Nació en esta ciudad de Panamá. Fueron sus padres don Cristóbal Núñez Guerra, Regidor. Veinticuatro. Escribano Mayor de Minas y Registros, de Panamá y doña Gerónima de Murcia y Acuña.

Eran cinco hermanos: tres varones y dos hembras, los que al morir su padre quedaron en la mayor pobreza, por haber perdido la Escribanía de Minas y Registros, que adquirió por compra á S.M. el Rey, don Baltasar Maldonado.

LUIS GUERRA DE ACUÑA, como su hermano Eugenio —ya citado en nuestra reseña anterior— siguió la carrera eclesiástica.

Fué á la ciudad de Lima, en donde estuvo por espacio de diez años.

Se graduó de Bachiller en Cánones. En todo el tiempo de sus estudios, dice su hoja de méritos, procuró vivir y vivió honrada y virtuosamente.

Volvió á su tierra y en 1621 se ordena en Epístola y en ese mismo año, obtiene, por muerte de su hermano Eugenio, la Canonía de la Iglesia Catedral de Panamá y además el oficio de Comisario General Subdelegado de la Santa Cruzada.

Estante 69, Cajón 3, Legajo 32 del Archivo General de Indias, de Sevilla.

72 – DOCTOR JUAN ANTONIO GUEVARA SOBERANIS.

Nació en la ciudad de Panamá. Fué graduado de doctor en Sagrada Teología. Aquí en esta ciudad el Obispo Diego Ladrón de Guevara, luego que hubo reedificado el Colegio Seminario, lo nombró Rector.

Ejerció el cargo de Examinador Sinodal, más tarde Capellán Mayor del Monasterio de Monjas, Cura Vicario de Natá, Calificador de Santo Oficio y luego Comisario del mismo Tribunal.

“Su gran talento y capacidad y las buenas cualidades que en él coinciden y los puestos que ha ocupado y hecho dejación huyendo de los aplausos y peligros que en sí encierran, es cortísimo premio de virtudes”, así lo manifestó el Presidente de la Audiencia de Panamá en carta de 17 de Septiembre de 1709 á S.S. el Rey.

Estante 69, Cajón 2, Legajo 38 del Archivo General de Indias de Sevilla.

73 – DON LUIS DE GUEVARA SOBERANIS.

Este paisano nació en la ciudad de Panamá. Fué hermano menor del Dr. Juan Antonio Guevara Soberanis, cuyos datos dimos ayer. Sus estudios los hizo en esta ciudad.

Desde temprana edad se dedicó, al igual que su hermano, á la carrera eclesiástica. Desempeñó varios curatos de importancia entre ellos el de la Iglesia de Santa Ana, extramuros de la población.

Fué un modelo de virtud y mereció de parte de la Audiencia de Panamá, del Cabildo Secular y del Eclesiástico los mayores elogios por su inteligencia y por su sagacidad. Además fué un hábil educador de la juventud de aquel entonces.

Murió relativamente joven y ello causó general sentimiento de esta capital de Reino de Tierra Firme.

Estante 69, Cajón 2, Legajo 28 del Archivo general de Indias, de Sevilla.

74 – DON CRISTOBAL DE HARO.

En la antigua ciudad de Panamá nació en el año de 1574 don CRISTOBAL DE HARO, hijo de don Agustín Haro, quién fue por más de 30 Contador Juez Oficial de la Real Hacienda de Panamá.

Don Cristobal se ordenó de sacerdote en el año de 1595, y desde esa fecha hasta 1600 fué Cura de la Iglesia Catedral de Panamá. Pasó a fines de 1600 a San Felipe de Portobelo en donde estuvo por espacio de dos años. Volvió a la ciudad nativa en 1663 para desempeñar el puesto de Capellán de la Audiencia de Panamá, cargo que desempeñó hasta su muerte.

La Audiencia de Panamá en carta de 14 de Junio de 1611, decía de él lo siguiente:

“Es un sacerdote muy virtuoso y de muy concertadas y loables costumbres...”

Estante 69, Cajón 2, Legajo 40 del Archivo General de Indias, de Sevilla.

75 – JOSE LUIS DE HERRERA.

En la declaración que tenemos á la vista este paisano nació en la ciudad de Panamá.

Según el certificado que tenemos á la vista hizo profesión de clérigo presbítero y dice ser natural de la ciudad de Panamá.

Estante 69, Cajón 5, Legajo 35, número 9 del Archivo General de Indias de Sevilla.

76 — DON JUAN DE HERRERA Y TORRES.

Del legítimo matrimonio del Capitán del Batallón Fijo de Panamá, don Juan de Herrera Jiménez, quien fue Sargento Mayor de las Milicias de Panamá, Gobernador del Darién y que murió en el año de 1776, y de doña Josefa de Torres y Pérez, ambos pertenecientes á antiguas y distinguidas familias de Panamá, nació en esta ciudad, en el año de 1760, don JUAN DE HERRERA Y TORRES, padre del invicto General Don Tomás de Herrera.

Don JUAN DE HERRERA Y TORRES hizo sus primeros estudios en su ciudad nativa. A los 13 años de edad, con licencia especial de S.M. el Rey de España, entró a estudiar la carrera de Cadete en el Batallón de Milicias de Blancos de Panamá y en 1776, fecha de la muerte de su padre, abrazó armas en clase de Cadete.

En el año de 1778, sirvió de Oficial de la Administración de Correos, como subalterno de don Joaquín García Castañón. Y con don Ramón Díaz del Campo, continuó en el ramo de Correos como Ayudante del Contador e Interventor. Mas tarde, en el año de 1786, fué nombrado Oficial Segundo de la Real Contaduría, de la cual era jefe don Juan de León y Paéz.

Por su habilidad e inteligencia fue comisionado, en el año de 1788, a la Venta de Chagres a formar el registro de los víveres que condujo a Jamaica don Josef Ventura de Soparda. Desde el año de 1788 al de 1796 fue Teniente de Cazadores de las márgenes del Rio de Chagres. El 3 de Marzo de 1796 S.M. el Rey le concedió licencia absoluta para separarse de dicho cuerpo.

Entre los varios puestos de importancia que desempeñó merecen citarse los siguientes: En 1792 Oficial Mayor interino; en 1793 Oficial Mayor y Contador Real, interino, de Panamá; en 1798 oficial Real de Portobelo y desde el año de 1799 hasta el año de 1808, fecha de la hoja de sus méritos y servicios, que tenemos a la vista, fué Oficial Mayor de la Real Contaduría de Panamá.

Estante 118, Cajón 4, Legajo 37; Estante 118, Cajón 5, Legajos 1 y 12 del Archivo General de Indias, de Sevilla.

77 — DOÑA MARIA CANDELARIA HERRERA CID.

En la ciudad de Panamá nació doña MARIA CANDELARIA HERRERA. Fueron sus padres don Miguel de Herrera Cid y doña Francisca Cifuentes.

Contrajo matrimonio doña MARIA CANDELARIA, con don Antonio García de la Cueva, natural éste de Sevilla e hijo legítimo de don Marcos García de la Cueva y de doña Isabel Rodríguez de Artcaga. Y de esa unión nació en esta ciudad de Panamá, el Licenciado don Miguel Josef Garcia de la Cueva, el 3 de Septiembre del año de 1695.

Estante 71, Cajón 5, Legajo 26 del Archivo General de Indias, de Sevilla.



*Aquel carnaval trágico
de 1929*

En el remoto subconsciente, se agita siempre una emoción que se aviva, al rescoldo de un acontecimiento o de un repentino recuerdo. Nadie escapa a ese fenómeno, aunque a los que poseemos algo de sensibilidad, se nos acentúa. Ahora que el carnaval se aproxima con su escapismo bullanguero, surge en mí la trágica viñeta de las festividades de 1929.

Me veo andando de mi casa, en los altos de la Librería Preciado hacia la Avenida Norte, en las proximidades de la Presidencia. Las banderolas colgaban flácidas y desteñidas, las serpentinatas se amontonaban como sierpes sin vida y un jirón de papel colgaba tan lánguido que producía tristeza. La ciudad estaba

muerta, el verano soplaba su viento inhóspito sobre los árboles del parquecito de Catedral. Allí, cerca, en el Municipio, pocos días antes, la reina del carnaval había recibido la simbólica llave de la capital. Ya el esplendor de antaño, había comenzado a languidecer; pero se mantenía sin embargo la división de los barrios que establecieron los españoles durante la colonia. El estudioso, se recoge y aislado en su "torre de marfil" para indagar las pulsaciones de la mente que los sabios dejaron escritas y el esteta huye hacia los remotos campos en busca de un reactivo espiritual, de una paz que remanese su emoción.

La casa hacia donde me dirigía ese 8 de febrero de 1929,

era la del Dr. Eusebio A. Morales y su familia. Hacia poco, había visitado ese hogar enlutado por la desaparición de una de sus hijas y nunca olvidaré el significado de profundo dolor, concentrado, hermérico; un dolor que no se expresa con gestos de desesperación, lágrimas ni gemidos: un dolor intensamente varonil. La mano que retuve brevemente entre las mías, lo expresaba con gratitud, sin blanduras. En ese trágico 8 de febrero de 1929, Panamá había perdido, en un accidente fatal, a uno de los hombres de más valía de este país. Al que fué substancia, serenidad y cerebro de la emancipación panameña, la columna más fuerte de sus bases, el Dr. Eusebio A. Morales, el que en las lides guerreras empuñó el fusil para luchar por sus ideas, de la extrema liberal que eran en sus tiempos, las de avance, el estudioso incansable de las teorías económicas que dieron a Panamá, seguridad y firmeza. No se le postuló candidato a la Presidencia, porque había nacido en Colombia y esa excepción se le discernió sólo al Dr. Manuel Amador Guerrero, primer presidente de Panamá. Creo que el nacimiento es un hecho meramente casual que no refleja ninguna significación sino se siente la inquietud, el interés y desvelo que en cambio puede suscitar la tierra en donde se vive y se respira el ambiente que la circunda. En ese sentido, Eusebio A. Morales fué más panameño que muchos de aquéllos

que habiendo nacido en este país, son indiferentes a sus alegrías y sus pesares.

Hace años —1962— con ocasión de las fiestas patrias, en el diario *Crítica*, leí una semblanza del Dr. Eusebio A. Morales, escrita por uno de los más valiosos ensayistas nuestros: Diógenes de la Rosa. La conservo, porque encuadra a la perfección, la figura del Dr. Eusebio A. Morales, cuya dolorosa desaparición, ocurrió justamente durante los carnavales de 1929. La reproduzco, contribuyendo así, al anhelo de que sirva de enseñanza a la juventud que estudia y enseña, porque aviva en mí la admiración y el cariño hacia el recuerdo de aquél que dejó de existir en el carnaval de 1929.

“Quizás Eusebio A. Morales es hoy el menos conocido de los hombres que condujeron a la República en sus jornadas primarias. Es pertenencia minoritaria la cabal apreciación de su categoría intelectual y la magnitud de su esfuerzo en el alumbramiento y la estructuración del nuevo Estado. Tal desconocimiento duplica la incompreensión casi hosca de sus propios coetáneos respecto de un hombre que no fue segundo de nadie en la aceptación y el cumplimiento de la responsabilidad de darle textura liberal a la República. En el grupo de autores del episodio separatista dirigentes luego del Estado durante 3 largas décadas, Morales fué el pensador más riguroso, el escritor más infatigable y el estadísta más orgá-

nico. En Pablo Arosemena dominan el escritor y orador político temperamental imprecativo, fulgurante. Carlos Mendoza, apasionado y batallador, fue sobre todo, grito impulsivo de ataque. Belisario Porras, perspicaz y contradictorio, dispuso de gran capacidad realizadora. Ramón Valdés, meditabundo y reposado apenas tuvo tiempo para demostrar sus cualidades de gobernante. Con ser todos figuras cimeras del conjunto mayor integrado que ha dirigido al país desde 1903, a Morales le distingue entre ellos la gravedad de sus preocupaciones, la penetración de su pensamiento, la amplitud de su visión y la persistencia de su esfuerzo edificador.

Al advenimiento de la República, su mentalidad está ya encauzada en una corriente de ideas rectoras que discurren por los arcaduces de la ideología liberal. Su pensamiento comienza a orientar el nuevo Estado con el Acta de Independencia, documento en el cual la efusión emocional propia del momento está contenida dentro de frases concisas y pulcras, pero justamente expresivas, de las causas de la separación y los objetivos de la República naciente. Durante los 5 lustros posteriores, ni su reflexión ni su actividad se separan de las peripecias de la nación, ni aún en los instantes en que deja de participar en las funciones del Estado. No hay rama de la administración pública que no le adude algo a su esfuerzo práctico o a su palabra

mentora. La organización del gobierno, la orientación liberal de la educación pública —subsistente a pesar de las acometidas reaccionarias toleradas y hasta apadrinadas por los liberales pávidos, extenuados y podridos de hoy—, la reforma tributaria, la vitalización de la economía nacional y la defensa de los intereses y derechos de Panamá en relación con el Canal, fueron preocupaciones y faenas de que nunca exoneró a su inteligencia. Los informes memorandas y aún resoluciones y despachos ejecutivos con representantes diplomáticos de la República no son meras prosas burocráticas, sino ensayos de ciencia política aplicada, singulares por su visión integral de los problemas, la penetración de su análisis y el rigor lógico de los razonamientos.

No obstante, Eusebio Morales, jamás llegó a disfrutar del anchuroso reconocimiento público de que fué merecedor. Se abrió paso por entre una resistente atmósfera de incompreensiones. No había entre sus contemporáneos nadie que conjugara más capacidades, no ya para el ejercicio rutinario del gobierno, sino para una vez agotado el impulso primo de la República, llevar el Estado por buenos caminos y salvar los arrecifes ya visibles entre los cuales naufragaría nuestra historia política. Un precepto constitucional, desprevénidamente redactado o deliberadamente deformado, le cerraba el acceso a la rectoría del Estado al hombre que le ha-

bía prestado voz en su hazaña inicial. Cuando 14 años después, se trató de suprimir la exclusión odiosa, lo que debía ser acto nacional de justicia quedó reducido a menuda pugna banderiza. Se apostrafó con un gentilicio cargado de intensión peyorativa, a quien, no obstante el accidente geográfico de su nacimiento, en largos años de vida en el Istmo se había consultado de tal modo con nuestra historia, nuestro espíritu y nuestras angustias, que nadie como él había advertido las fallas y necesidades de la nacionalidad. Quizás la glacial actitud con que le miraban tantas gentes era en parte, eco de los rasgos de su carácter. Su temperamento, su vocación de estudio, sus cogitaciones, le alejaban de las algarabías callejeras como de los chismorreos palaciegos. Sabía que la política es agitación pública, emoción colectiva, trasiego multitudinario. Pero consideraba que la mecánica de la lucha externa era infecundo desfile, si no estaba regida por la dinámica de las ideas y los principios. Dividía a los dirigentes políticos entre categorías parejamente necesarias. "en los pensadores políticos, los políticos emocionales y los políticos de acción" Y aunque advertía los peligros de la acción emocional y de la voluntad presta, pero desasida de la reflexión profunda, rechazaba la apatía melancólica de los hombres que marchaban entre sombras y entre dudas, por una ruta sin meta visible". Ni muñidor electorero ni

teorizador estéril, participaba en la vida pública con una fina percepción de su responsabilidad. Observaba serenamente el decurso de nuestras luchas políticas y discernía las causas reales de discrepancia de los pretextos engarzados en las proclamas banderizas. En su irreductible intimidad se sentía distante por igual de los bandos adversarios y procuraba servir al país con independencia de las filiaciones transitorias y traslaticias. La conciencia de su valía y responsabilidad le daba un sentido de orgullo y dignidad que resistía imperturbable los ataques aviesos. Sólo muy rara vez lograban las miserias cotidianas irritarlo y entonces su respuesta era caústica: "Yo soy enemigo de dar explicaciones de mi conducta. A mí me causan tristeza los hombres, que a cada instante le estén dando informaciones al público sobre lo que hacen o no hacen con el fin de responder a cargos pueriles o graves, manifiestamente injustos y apasionados. Yo ni explico ni me defiendo. Hay dentro de mí un testigo superior, que sabe lo que hago, lo que soy y lo que merezco, y mientras este testigo esté satisfecho, la voz de los calumniadores, la baba de los envidiosos, la ira de los necios y los estúpidos, en nada alteran la serenidad de mi espíritu. Yo me considero muy por encima de toda esa muralla asquerosa que surge en las democracias embrionarias y que trata de hacerse sentir mordiendo fusionamente

a todo ser humano que tiene algún mérito; y aún en la humildad de mi vida tengo para todas esas gentes la única respuesta de mi desprecio y mi silencio” Pero el hombre que tal decía no era un ser huraño y resentido. La aparente adustez de su semblante era la expresión de un espíritu siempre reconcentrado en la meditación sobre el destino de nuestro vivir colectivo. Los jóvenes que se acercaban en busca de rumbo para sus inquietudes de claridad para sus ideas, de es-

tímulo para sus tentativas, encontraban un maestro anheloso de transmitir sus conocimientos, un cordial amigo mayor que los incitaba al estudio y a la superación individual por la acción consciente sobre el medio. Atraía su vivacidad mental, ganaba la atención su palabra pronta y concisa, subrayada con gestos rápidos y admiraba la universalidad y hondura de sus conocimientos.”

—Diógenes de la Rosa—

Quién es el plagiario?

En Panamá ha habido pocos casos conocidos de plagio literario: un cuento en un célebre concurso patrocinado por LA ESTRELLA DE PANAMA; una que otra crónica periodística; una novela en que se transplantó a Panamá la trama ambiental de París de Francia, cambiándole los nombres de los personajes y de los sitios en que se desarrollan las escenas; alguna poesía adaptada a motivo local. No es mucho para nosotros.

La reproducción que a continuación hacemos de los cuentos, o leyendas, o relatos, o noticias con argumentos similares, pero con personajes diferentes, revelan uno de los plagios más notables, desconocido o desapercibido por los lectores de Panamá,

posiblemente porque la publicación local no calza la firma de la persona que la escribió y se la tuvo como una producción de autor desconocido bajo el cariz de un corresponsal anónimo residente en la ciudad de Aguadulce.

La información fue transmitida al diario capitalino EL DIA el 14 de junio de 1955, apareciendo en sus columnas el 8 de julio siguiente bajo el título de "¿Y VIAJARON CON LA MUERTE?"

He aquí el relato publicado: "AGUADULCE. Sábado, 14 de Junio. Cuatro jóvenes de la localidad toman un truck al filo del crepúsculo vespéral. Van hacia Sábana Grande, donde esa

hermosa noche se celebra un baile. El motor del truck luce en su ronronear tan jubiloso como los cuatro amigos. En un cruce del camino se divisa una muchacha. Viste un traje color de rosa y lleva unos jazmines en la ondulante cabellera. Con gesto de su mano blanca indica a los jóvenes que desea la lleven con ellos. Ella también iba al baile de Sábana Grande. Se detienen, y galantes hacen subir a la bella desconocida.

Uno de los muchachos aguadulceños simpatizó a la joven del traje rosado. Bailó con ella la noche entera. Supo de sus cuitas. Se iluminó con su rútil sonrisa. Y la tuvo con él en el nudo de sus brazos de enamorado.

La madrugada había llegado con su niebla y su brisa fresca. La muchacha del traje color rosa sentía frío. El joven aguadulceño, con esa solícita donosura de los enamorados, le cedió su "jacket".

Volviéron al truck. Llegaron al mismo cruce del camino. Y en la penumbra del alba apenas insinuada, la bella muchacha del traje color rosa y los jazmines en la cabellera besó, con un beso apasionado, a su joven compañero de baile. Se despidió con un adiós triste de su mano nívea. Arrancó el motor y el truck devoró algunos kilómetros.

De súbito, el joven reparó que la joven había quedado con su jacket. Sus tres amigos le

instaron, a la par, que regresaran a la casa que se veía cerca del camino en que habían encontrado a la muchacha del traje color rosa.

Volviéron a toda prisa. Dejaron la carretera y penetraron hacia el rumbo en que se divisaba la casa del camino. Llegaron. Ya el fogón y el candil estaban encendidos. Dieron los rituales buenos días, y preguntaron a la señora de la casa por el "jacket".

— ¿De qué "jacket" me hablan ustedes?

— Del que le prestamos a la muchacha del traje rosado que fue con nosotros al baile de Sábana Grande.

— ¿De qué muchacha del traje rosado me hablan ustedes?

— De la que llevaba unos jazmines en el pelo.

— ¡Aquí no hay ninguna muchacha! ... Pero como iluminada por la luz de un relámpago, la señora invitó a los jóvenes al aposento que había inmediato a la sala de la casa del camino. Les mostró un gran retrato de cuerpo entero de una joven con vestido rosado y jazmines en el pelo. No tuvo que preguntarles: era la muchacha, la misma muchacha, dijeron todos.

— ¿Pero cómo puede ser, si esa muchacha, mi hija, murió hace cinco años?

Incrédulos aún, replicaron como si la señora les estuviera tomando por tontos. Entonces ella

les indicó que fuesen al cementerio.

La propia madre se ofreció a acompañarles. Allí, en el solitario camposanto, compartiendo el lúgubre silencio de los muertos, allí sobre la humilde tumba, allí estaba el jacket.

Al joven aguadulceño que la muchacha prefirió aquella noche memorable, le subía la lividez a la cara. Sufrió una especie de conmoción, y sus compañeros, tan asombrados como él, tuvieron apenas manos para llevarlo al truck y continuar el viaje.

La noticia termina con esta otra: el joven aguadulceño se encuentra sufriendo una crisis nerviosa progresiva en el Hospital de Aguadulce. Sus amigos andan como lelos por las calles, contando a todo el mundo la extraordinaria historia del baile de Sábana Grande y de la muchacha que habían encontrado a una vista del puente del Santa María, la noche del sábado 14 de junio”.

— o

Confesamos que la relación del diario **EL DIA** nos pareció emotiva, amena, sentimental y bien urdida, y sobre todo original, considerándola así hasta que cayó en nuestras manos el volumen impreso el 15 de mayo de 1964 en Miami, Florida, por la revista **SELECCIONES**, en el cual condensa una serie de publicaciones aparecidas en fechas precedentes en el mismo mensuario.

En este tomo a que nos referimos figura un relato similar con el antes transcrito, bajo el título de “**FLOR DE ESPLIEGO**”, que se dice “condensado de “**Dark Trees to the Wind**”, cuyo autor se llama Carl Carmer. He aquí el relato:

“Esto es lo que yo he oído. Un sábado en la noche dos muchachos del Colegio Hamilton iban en un automóvil a un baile que se daba en Tuxedo Park. Seguían el camino que corre por el valle del río Ramapo, y vieron a una joven que esperaba. Vestía traje de fiesta del color de la niebla que se levantaba sobre el fondo oscuro de la corriente, y sus cabellos eran del color del trigo en sazón. Pararon los muchachos y se ofrecieron a llevarla. Sin vacilar, ella se acomodó en el medio de los dos, y les preguntó si iban al baile de cuadrillas de Sterling Furnace.

Su rostro fino y tostado, de pómulos salientes; su cabellera dorada; su sonrisa luminosa; la movilidad de sus facciones, encantaron a los muchachos. La convencieron de que les acompañase más bien a su baile de Tuxedo Park. Una vez en la fiesta, cuando fueron a presentarla, les dijo: “Llámenme Flor de Espliego. Así me dicen porque siempre visto de ese color”.

Terminado el baile y de regreso ya a casa, la joven sentía mucho frío, por lo cual uno de los muchachos le cedió su abrigo de paño escocés. Ella les fue indicando el camino por las pol-

vorientas carreteras de los montes, y al fin los hizo parar frente a una cabaña tan destartada que se hubiese creído deshabitada a no ser por una raída cortina de encaje puesta en la ventanita de la puerta. Ofreciendo verlos de nuevo, ella se quedó al borde del camino, despidiéndolos con la mano hasta que desaparecieron. Ya estaban casi en el propio Tuxedo los muchachos cuando el que le había prestado su abrigo cayó en la cuenta de que no lo había reclamado. Decidieron volver por él al día siguiente, al regresar del colegio.

Cuando los muchachos llamaron a la puerta de la cabaña, una vieja canosa y decrepita les recibió clavándoles una mirada penetrante con sus ojos azules. Preguntaron por Flor de Esplicgo.

— ¿Son ustedes viejos amigos suyos?, replicó la anciana.

Los muchachos temiendo que con la verdad pudiesen indisponerla con los suyos, dijeron que sí. La vieja les dijo:

— Entonces deberán saber que ella murió. Hace diez años que está enterrada en el cementerio que queda allá abajo, al lado del camino.

— No, no puede ser ella la que usted dice, dijeron los muchachos y explicaron que buscaban a una joven que había estado con ellos la noche anterior. Pero la vieja respondió:

— Jamás ninguna otra con ese nombre ha habido por estos

contornos. Y en todo caso, ese no era su verdadero nombre. El papá la bautizó Lili cuando nació. Algunos le decían Flor de Esplicgo por el lindo vestido que siempre llevaba. Con él la enterraron.

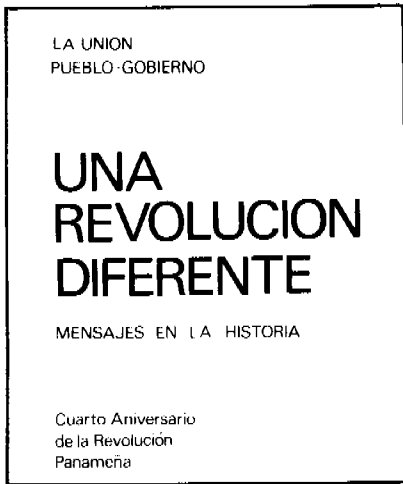
Regresaron los muchachos por la carretera. A unos cien metros, el que iba al volante detuvo el automóvil. Señaló unas cuantas piedras blancas que se veían en un campo abierto poblado de maleza.

— Ahí está el cementerio. ¡Qué diablos! Vamos a darle un vistazo.

Encontraron la tumba. Una lápida pequeñita con el nombre de "Lili". Y al frente, sobre una piedra, cuidadosamente doblado, el abrigo de paño escocés".

- o -

Como es notorio, entre la narración panameña publicada en **EL DIA** en 1955 y la norteamericana de **SELECCIONES** en 1964, hay una diferencia de tiempo de casi diez años. Para nuestro gusto, el cuento nacional es más bonito, más espontáneo y emotivo. Pero el argumento en ambos es el mismo. Nos preguntamos ¿quién copió a quién en este caso?, o ¿a quién copiaron ambos narradores el argumento? La verdad es que uno de los relatos es plagio del otro, o ambos lo son de un tercero, que fue el original, es evidente.



Coincidimos con Omar Torrijos Herrera al manifestar que se trata de una nueva concepción de gobierno, lo que existe en la República Istmeña. Afirma: "La velocidad extraordinaria de la Revolución Panameña, en el campo de las ciertas realizaciones, no es fruto de la mera casualidad, ni de la buena fortuna, sino que es consecuencia de una nueva concepción de gobierno".

El General Torrijos ha creado su propio estilo y su propia manera de expresión en el trabajo de inspirar, dirigir y gobernar el Estado panameño.

Revela el libro UNA REVOLUCION DIFERENTE, abundante comprensión del factor humano de la población ístmica. Comprende, dice el periodista Moisés Torrijos Herrera, "chispazos de genio e ingenio, de inspiración, producidos al calor del momento, de frases pronunciadas por Omar Torrijos a lo largo y ancho de la República, bajo el estímulo punzante del contacto directo con la gente común, con la gente en donde vive la angustia, con la gente en donde costaba trabajo hacer renacer la fe, la esperanza; con esa gente que acaricia y analiza su miseria diariamente, buscando afanosa una respuesta a sus necesidades; con esa gente que ya se atreve a esperar soluciones, porque ha encontrado eco a sus angustias".

Los editores de esta obra, han determinado diversificar los lineamientos comunes de las citas del General Omar Torrijos Herrera, según los temas más relevantes. Es decir, la obra puede señalarse toda, mencionando su contenido, diciendo todo lo que quiere significar con los temas subtitulados: Surge un Líder, Nuevo Panamá, Con Las

Ante una Realidad Histórica:

UNA REVOLUCION DIFERENTE

Exponemos a Uds. nuestro punto de vista de la obra titulada UNA REVOLUCION DIFERENTE (Mensajes en la Historia de la Unión Pueblo-Gobierno) que, con motivo del IV Aniversario de la Revolución Panameña, el conocido periodista Moisés Torrijos H., nos ha hecho llegar, a nombre de los editores.

Dos Manos, Y Dice Omar, Con Nuestra Propia Aspirina, Yunta Pueblo-Gobierno, etc., etc., que ya van diciendo, en sus títulos, mucho del contenido ideológico de nuestra Revolución sin Dictadura.

En *Con las Dos Manos* se hace referencia a la filosofía que sirve de pauta al gobierno del Nuevo Panamá. Ya, desde sus principios, refleja el movimiento la convicción de la bondad intrínseca del pueblo y de la "necesidad urgente de una depuración estatal que responda a esa bondad, que la estimule y la incremente".

He aquí una frase que merece grabarse en bronce: "Yo soy demasiado respetuoso, porque la paz es el respeto a la dignidad ajena". Lo dice Omar Torrijos.

En oposición al Estado Antinacional de José N. Lasso de la Vega, aparece el Estado de Torrijos, un Estado Nacional que queda simbolizado en la unión dinámica de gobernantes y pueblo. En la unión de intereses y responsabilidades, "la unión de alegrías y esperanzas", que denuncia la gráfica y feliz expresión: "la yunta pueblo-gobierno".

Y DICE OMAR

Se perfila la fuerte personalidad del líder desde las primeras expresiones: "Este movimiento no surgió por combustión espontánea, pues ningún movimiento revolucionario del país surge por combustión espontánea".

"Surgió, nos dice, tornando su tono un tanto más suave, como la suma final de un pueblo que se venía concientizando; de un pueblo que, a través de su educación y de sus luchas cívicas, ya estaba dispuesto a no permitir que se le gobernara en la forma negativa como venía sucediendo". Y, para resumir el pensamiento presente, concluye:

"Lo único que hemos hecho los militares es poner los fusiles de la Guardia Nacional, el armamento de la Guardia Nacional, al servicio de ese pueblo que ya había llegado a un límite de paciencia". "Me siento sumamente orgulloso, me siento altamente complacido, me siento altamente distinguido de ser el Comandante de los 6.000 hombres más leales que he conocido en la vida", agrega.

"Lo grande de este gobierno es que somos honestos y admitidos cuando no hemos podido; pero lo honesto que tenemos es que si no podemos, hacia allá vamos". Como panameño sincero continúa: "Yo he estado recorriendo el país y al recorrerlo, trato de descubrir la Aspirina propia que remedie el mal propio". De un extremo a otro del país han sido interpretadas estas altivas palabras. "Yo no quiero cometer el error que han cometido otros gobernantes que quieren encasillar la solución política panameña entre los moldes clásicos".

Voz magisterial es la que afirma: "Yo ando buscando, yo

ando aprendiendo todos los días, yo converso, yo investigo. Hasta de gente muy ignorante, de gente muy apartada, de gente analfabeta, uno aprende todos los días algo”.

Padre e hijo, gobernante y gobernado, jefe y pueblo, realización y proceso, nos quiere decir, es tenido ahora en cuenta. Muestra Omar humildad en la expresión siguiente: “Buscamos un gobierno en el cual todos somos hijos legítimos. Un gobierno en donde algunos no sean hijastros o hijos adoptivos. Un gobierno que sea el padre de todos, no padre para unos y padrastro para otros”.

CON NUESTRA PROPIA ASPIRINA: A la faz del mundo puede presentarse el espectáculo de un país unificado: El más grande logro. Y es porque “con las dos manos”, con mirada estudiosa y segura se buscan las soluciones al país”. Expresado ello al decir: “El más grande logro de este gobierno; el más grande logro de estos años de la Revolución ha sido unir, bajo una sola bandera, bajo un solo estandarte, a un millón quinientos mil panameños. Este es nuestro más grande logro y es éste nuestro anhelo patriótico”.

Intensa preocupación, honda por el bienestar social, por el desarrollo económico-social de la nación muestra el líder máximo de la Revolución Diferente de Panamá.

Al panameño se le ha formulado un reto. El panameño siente, dice Omar, la impostergable

necesidad de responder al reto que en la hora crucial, en el terreno de las reivindicaciones le ha sido presentado: “. . . se le ha formulado un reto, en este momento histórico en el que hay que acelerar el desarrollo nacional. . . .Y Panamá está respondiendo a ese reto”.

Programa de gobierno alentador: Al efecto, una promisoría, ordenada transformación nacional se perfila, traída, originada por una nueva revolución: la Revolución del 11 de Octubre, expresa el General.

Problema especialísimo es el de la educación de la niñez. Comprensión y protección se le ha brindado. Hácese hincapié en un nuevo concepto social: “Con estos niños está surgiendo un nuevo concepto de Panamá, un nuevo concepto social, porque conjuntamente con el abecedario se les enseña el Credo de la República: que la Justicia Social es lo único que mantiene la paz en el escenario de cualquier país. Pueden ustedes tener la seguridad, madres panameñas, de que estos niños no van a ser explotados en la forma ni por los mismos que explotaron a sus padres”.

Es la Revolución también de los campesinos cuyos hijos ahora tienen calzado, es la Revolución de los trabajadores, “. . . Y ahora afirmo que la revolución del 11 de Octubre es la revolución de los trabajadores. Porque ya es hora que se diga que, en el progreso de la nación, contri-

buyen por igual la inversión privada y el brazo del hombre que construye". ¡Admirable concepto de un hábil gobernante, con amplias perspectivas de transformación nacional!

Esperanza y voz de alerta revela cuando nos dice: "Yo creo, señores, que si el experimento propuesto fracasa, no fracasa Torrijos, no fracasan los coroneles, ni el Estado Mayor, ni este equipo de gobierno. Fracasa la última esperanza de la Patria de ver resueltos sus problemas... Si fracasa, señores, es el fracaso de la ilusión de un pueblo de verse mejor gobernado, mejor dirigido y estimulado por un gobierno que realmente respete al hombre. . . Fracasa aquella posibilidad que todos teníamos, desde el aula de clases, de llegar a ser algo, no para aprovechar la posición en beneficio propio, sino para hacer algo por el que no tiene y que realmente necesita. Indeclinable conciencia de responsabilidad y acción constante para el logro de los objetivos de la Revolución muéstranse aquí. Precisamente, he aquí por qué ésta será llamada una **Revolución Diferente**.

La Filosofía fundamental de este gobierno ha sido la consulta. Los 505 delegados que representan voces autorizadas de los corregimientos, representan un gran triunfo del General Torrijos. Ellos contribuirán, con efectividad, al desarrollo y engrandecimiento de Panamá.

El libro explica con claridad la llama que agita el pecho del General Torrijos, cuando nos dice: "En la vertiente democrática, hay en la actividad revolucionaria del General Torrijos, un deseo constante, inexcluyente, vigente en todas sus acciones: el deseo de encontrar un diseño democrático de gobierno que responda auténticamente a la realidad socio-económica y política de nuestra América y, fundamentalmente, de Panamá. Vale decir que este deseo es la preocupación permanente de Torrijos". Esto es enunciado, gráficamente por el General, al decir al hombre de la ciudad y al del campo que "es su responsabilidad el encontrar la **propia aspirina para la Patria**, la medida eficaz, el programa único que nadie, sino nosotros mismos formularemos".

Cuando Omar se refiere a la Ley revela conocimiento efectivo de la relación que existe entre la Ley y el hombre, porque dice: "Mientras más cerca está la Ley del hombre, más efectiva es la Ley". En efecto, como expresan los editores de este libro: "Esta verdad axiomática encierra toda una teoría, toda una idea del gobierno auténticamente democrático y es, a la vez, una filosofía, una idea que ha insurgido al compenetrarse, sentir y vivir el General, la realidad a lo largo de 4 años de peregrinar revolucionario por el ámbito geográfico de la nación". Y concluyen los editores expresando que lo primero es sentir la nece-

sidad de la buena ley, de la Ley justa que tiene en cuenta al hombre, al ser social.

El análisis del ser social, del ser de múltiples necesidades y de complejidades básicas, toma como fondo el pensamiento expresado por el General, al definir la básica concepción de la Asamblea de Representantes de Corregimientos: el gobierno, el funcionario, al lado del hombre-masa, al lado del hombre-obrero, al lado del hombre-campesino, del hombre-profesional, o del hombre-padre y del hombre-estudiante. Para que ese funcionario (el de la Asamblea de Representantes de Corregimientos), para que el gobierno detecte y conozca la realidad del país desde abajo, desde su célula primaria y pueda hacer buenas leyes que propicien el desarrollo de la República y el imperio de la verdadera democracia. Y así encontramos a Torrijos en el campo, en la reserva indígena, en la ciudad, en la calle, en la escuela, en la Universidad, en los sindicatos, en todo el ámbito istmeño. También es oportuno que mencionemos que el General practica también con el ejemplo, "porque el General partió del kilómetro cero en adelante", imprimiéndole, es la verdad, laborando más y más. Luchando a brazo partido contra la inercia y el no — hacer burocrático; llevando al país una nueva imagen del gobierno en el nuevo movimiento, en el nuevo gobierno revolucionario.

Esta figura relevante lleva la bandera de la paz social. Así, ante la faz mundial, presentamos los panameños un ejemplo de armonía, de dignidad, de trabajo, de unión entre el pueblo y el gobierno. El general Torrijos ha expresado con magnificencia, esta idea del gobierno ideal cuando se refiere a la yunta **pueblo-gobierno**.

Durante la acción del presente gobierno, las perspectivas de inversión han aumentado. Han cobrado confianza las instituciones bancarias y las industrias que se instalan en el país. Prueba todo ello la seguridad con que expertos economistas y expertos internacionalistas ven el futuro del país. Paz, prosperidad en el Istmo que bañan dos mares.

Factor digno de mencionarse en el proceso de reestructuración democrática de Panamá, señalan los editores, es la absoluta ausencia de persecución por razones políticas o ideológicas: "El país vive, actualmente, sobre una base política que se denomina sencillamente Democracia". Y, en esta base, se abarcan todas las formas ideológicas y políticas sin distinción alguna. Porque, Democracia, es, entre otras cosas, tolerancia, aceptación y respeto de todos los derechos y todas las ideas". Con palabras admonitivas se indica que, precisamente por ello, hay quienes se han marginado en este proceso revolucionario.

La visión que se presenta en el libro que comentamos, es la

de un país nuevo, que ha olvidado viejas rencillas, ha tomado de sus tradiciones la esencia y el amor a los altos valores del espíritu y marcha con dinámica sin par, más allá del actual presente histórico.

Y en perennidad las palabras del General:

“Nuestro pueblo no acepta la jerarquía, porque uno es Gene-

ral, ni porque es esto, ni lo otro; la única jerarquía que acepta es la jerarquía del ejemplo. Es la jerarquía moral, es la jerarquía del que más trabaja, del que más se preocupa por la comunidad”.

Osman Leonel Ferguson

CARTA A MARTINEZ ORTEGA
A PROPOSITO DE SU
A MANERA DE PROTESTA

Por: Dra. Edilia Camargo V.

Desde que los poetas han dejado de "fabricar" metáforas de la realidad y se han inclinado hacia las cosas de "la calle" como bien lo dices en tu poema que lleva ese nombre, la poesía, que es la poesía?

Información, la mayoría de las veces, de eso que algunos estetos con G. Luckács han llamado la cotidinidad.

*"Un niño solicita una moneda:
se le recomienda que trabaje"*

Otras, una simple traducción a transposición de significaciones de un sentido corriente, a un nivel más "refinado".

El poema que denominamos EXPERIENCIA PERSONAL concluye muy aristocráticamente muy de universitarios.

*"La Libertad no es otra cosa
que una estatua en Nueva York
contemplando Wall Street y
dando la espalda al Sur"*.

después de haber revisado una serie de experiencias que se relacionan con ella o mejor dicho,

que constituyen matices de eso que han llamado la libertad. Es una exploración que a mi juicio es de gran interés. Sin embargo, déjame decirte que todavía estás muy apegado a la tradición de las

*"sillas giratorias y de los
sistemas planetarios"*

de tus antecesores. Le hace falta a ese poema, que yo, estilísticamente considero uno de los mejores logrados en la presente colección, le hace falta más fuerza al mismo lenguaje que empleas te detienes en juegos musicales como:

*"entregando fotos como si mi
propósito fuera el estrellato".*

Hay unas imágenes verdaderamente fantásticas, como aquella de los planchados naturales y los "ojos como bolas aceitadas".

Como aquella de "los incomparables muchachos del Army! . . . sin pasaporte pero con su M. I."

Indudablemente que tus visiones abren un mundo de pequeñas y grandes preocupaciones, sin embargo algo me preocupa: por qué tu poesía pareciera flotar en la superficie de una realidad social muy específica que es la nuestra pero no se atreve a dar unos verdaderos espaldarazos a esa misma realidad a ver si, después de todo, aún vale la pena haberse tomado el trabajo de penetrarla, no para soñarla, sino a ver qué pasa después de que la "puerta me cogió los dedos" o me cayó en el pie.

**"A MANERA DE PROTESTA"
(1) DE MARTINEZ ORTEGA**

Por: Diego Domínguez Caballero

"Deseo conocer la libertad".

Martínez Ortega.

Es un libro surgido de la circunstancia panameña: en su fondo y en su forma.

Escribe Aristides Martínez Ortega de manera directa y tajante. El artista trata de expresar en forma clara, lo más sencilla posible, de modo definitivo, a veces cruel, lo que tiene

en el hondón del sentimiento. Pero es preciso "atravesar" esta claridad de expresión --como Alicia al espejo que refleja su presunta realidad-- para llegar al auténtico universo del poeta. Y, el fondo, el mensaje que presenta, es el de un hombre encadenado que trata de limar los barrotes de su prisión con la burla y la ironía. Subjetivamente esta es la actitud del autor. Una subjetividad de la cual surge la objetividad de la circunstancia en que se encuentra en poeta: un pedazo de tierra irreidenta que clama por su libertad y un hombre que es lobo del hombre.

(1)

Martínez Ortega, Aristides: **A Manera de Protesta**, Editorial de la Universidad de Panamá, 1972.

El autor utiliza la ironía aliada con la burla. Las palabras que se expresan en la ironía no deben tomarse al pie de la letra: son el poste indicador que apunta hacia el objetivo. Por ello esta es una poesía cuya forma, tomada en su sentido literal, no expresa el fondo. El lector tiene que vivir en la circunstancia del poeta para captar todo el sentido de su palabra de protesta. El espíritu del lector al "reducir" fenomenológicamente el sentido ingenuo y lateral de las palabras, sale disparado hacia el verdadero objetivo. Es necesario aniquilar y, sirviéndose de lo aniquilado, llegar al conocimiento vivencial de la angustia que late en sus versos. "Deseo conocer la libertad" se expresa en uno de los poemas. Pero la libertad supone valores y, frente a ellos, la persona, con la posibilidad de escogimiento y decisión.

Este poeta irónico es paradójico: crece en los valores de los cuales, parece burlarse; y a que, su ironía, va endilgada precisamente, a quienes traicionan esos valores. La ironía se une a la burla para señalar los sepulcros blanqueados. Por ello, al leer estos versos de Martínez Ortega, aflora en nosotros una sonrisa que desaparece, rápidamente, al captar la amargura de su auténtica protesta.

POEMAS DE ROBERT GRAVES

ELLA REVELA SU AMOR MEDIO DORMIDA

*Ella revela su amor medio-dormida,
en las horas oscuras,
con palabras secretas apenas balbuceadas:
mientras la tierra se revuelve inquieta en su sueño invernal
y se adorna con hierba y flores
a pesar de la nieve,
a pesar de la nieve que está cayendo.*

LA PUERTA

*Cuando de pronto entró
pareció que la puerta nunca más volvería a cerrarse.
Y ella tampoco la cerraba — ella, ella—.
El cuarto permanecía abierto a un mar que viniera de visita
y que ninguna puerta sería capaz de contener.*

*Sin embargo, cuando por fin sonrió, inclinando la cabeza,
para despedirse de mí,
en lugar de la sonrisa
había una puerta oscura cerrándose interminablemente.
Las olas se alejaron.*

ATRAVESANDO PESADILLAS

*Jamás te desilusiones de
ese sitio que algunas veces visitas en sueños:
vasto, remoto territorio, allende todo sueño;
o de aquellos que en él encuentras, aunque casi nunca
se sienten contigo:*

*el indomable, el viviente, el apacible.
¿Acaso no los conociste? ¿A quiénes? Ellos
llevan el tiempo ceñido, como un río, junto a su casa;
en el camino de la historia no hay forma
de nombrarlos o numerarlos.*

*En tus ojos soñolientos leo el viaje
que me refieres incoherentemente; y despierta
mi amante admiración que tú, temerosa y tímida por naturaleza,
viajes, atravesando pesadillas, hacia una tierra perdida
y rodeada de fosos.*

SUICIDA EN EL MATORRAL

*El suicida, lejos de sentirse satisfecho,
contempló su propio cráneo destrozado:
¿Era esto? ¿ESTO?*

*¿No fue su propósito
librarse de cobradores y mastuerzos
cambiando de paisaje?*

*En alguna parte retumbó una carcajada:
este era el aspecto que tenía el día de su boda
y al día siguiente.*

*Ya no tenía adónde ir;
y ninguna diversión, salvo recorrer
cualquier material de lectura que los vientos pudiesen arrojarle*

*al matorral donde yacía su cuerpo:
una página deportiva del año pasado,
el arrugado ensayo de un escolar.*

(versión al español de Tristán Solarte)

ARIADNA

por: Thomas Marton

(Traducción de Tobías Díaz Blaitry)

*A través de la llameante tarde
los tamborines hablan juntos como langostas;
la flauta derrama su delgado arroyuelo sin fin,
entretejiéndolo con el repiqueteo de los palillos sobre la marimba.
Los tambores y las campanas cambian puñados de brillantes monedas;
los tambores y las campanas esparcen su música, como peniques
a través de todo el aire
y miran la delgada mano del tocador de laúd
que rápidamente arranca las notas brillantes como lentejuelas
de las cuerdas
y las esparce como gotas de agua.*

*Detrás de las cortinas de bambú;
detrás de las palmas;
en las recámaras verdes y salpicadas de sol de su palacio,
Ariadna con sus zapatillas rojas y un pequeño bostezo,
tira una bola sobre la rueda de su ruleta.*

*De pronto, justamente al norte,
un barco griego salta sobre el horizonte, salta como un
potrillo, pateando la espuma.
El barco navega a través de la llanura de brillantes amatistas
y gime ante la escollera.
La ciudad entera corre a ver;
rápida como la mano cuando se cierra
se arrian las velas.
Entonces los tambores se aturden
y la multitud exaltada, clama;
Oh, Teseo! Oh, héroe griego!*

*Como un pensamiento a través de la mente,
Ariadna se dirige a la ventana.
De la armadura del capitán de ojos negros
flechas de luz saltan en toda dirección.
Flechas de luz
resuenan dentro de ella como las cuerdas de una guitarra.*

Manuel Ferrer Valdés

LA OFICINA

La señorita Lucía Vernon, secretaria principal de la Union Pacific Corporation, era un alambre que transmitía la corriente alterna de palabras y números desde su jefe a la máquina de escribir. Los largos años de profesión y la dulce fealdad de su rostro, la habían rodeado de un aura de automatismo, que nadie osaba romper. La oficina de su jefe, Mr. Stagg, se encontraba en la parte superior del edificio, aislada por una corta escalera del piso donde los subalternos formaban colmena. La señorita Vernon apenas conocía de cara al resto de los empleados de la Compañía; su labor era tan de tropel y minucias, que sólo por dos veces en su vida habló con el Sr. Rodríguez, quien desempeñaba el puesto de Segundo Jefe, en la planta baja.

Lucía tenía gusto por su trabajo. En las primeras horas del día cazaba con destreza las palabras del Jefe sin dejarlas siquiera volar, luego engordaba los archivos con lo que fuera grano de provecho, dejando para lo último que los redondos dienteitos de la máquina de escribir royeran la mies.

Mr. Stagg sólo llevaba dos años de Gerente; era de origen sueco y el aire de Europa lo circundaba. Durante mucho tiempo fue el encargado de las sucursales del Mediano Oriente, de donde pasó a Ganna y luego a Panamá. Había en él algo indefinido y secreto que atraía, desde la cara cerneña hasta el pulcro vestido,

en donde lo único exótico era la camisa de seda. Era hombre de poco hablar, más cuando lo hacía, causaba sorpresa el fervor de sus gustos. Así fue —para sorpresa de Lucía— que lo oyó en cierta ocasión elogiar a Panamá, dando grandes alabanzas a la variedad de pesca que ofrecían sus aguas y a la riqueza de sus bosques, llenos de sorpresas para el cazador; aunque nunca lo oyó hablar de mujeres, tenía para ella —sin saber la razón— que resultaban también de su agrado.

La vida de Lucía Vernon era menos monótona, cuando daba con trasañar el pasado de su jefe y lo hacía de noble cuna, con épocas de sufrimiento por el amor o la guerra.

Aquella mañana, sólo se oía en el quieto recinto el runrun del Jefe firmando documentos y el maquinaal tamborileo de la secretaria, transida por el trabajo. No llegaba hasta ellos, ni asomo del bullicio de abajo, ni rompía la quietud el timbre del teléfono, ya que Mr. Stagg sólo daba la clave a gente de importancia. Era ya la media mañana cuando se produjo la llamada telefónica que llevó a la angustia a la señorita Vernon. Mr. Stagg contestó con breves palabras y luego permaneció silencioso, oyendo a su interlocutor, por un período interminable de minutos. Lucía alzó los ojos con el clic final y vio a su Jefe cerúleo, con la muerte en la cara. Lucía siguió escribiendo, como si tal, porque fuera de su carril, no sabía otra cosa que pedir ayuda, y su juicio le decía que no era esa la hora. La costumbre había modelado su espíritu hacia el orden, de manera que cualquier cosa que alterara la sucesión de los hechos, requería un largo umbral para su aclaración. En ello estaba, cuando entró el negro Thomas para limpiar la oficina. Era Thomas un hombre viejo, a quien se perdonaban sus ocasionales borracheras, en mérito a ser el empleado más antiguo. El negro hacía gala de sus derechos socarronamente, contando a los demás que Mr. Harnsby, quien fuera el primer Gerente de la Compañía antes de llegar a Director en las oficinas de New York, le enviaba en ocasiones, un chequesito de regalo, en recuerdo a los felices días pasados en el trópico.

Thomas no faltaba a su trabajo, aunque estuviera borracho, dándole entonces por hablar solo y reirse sin motivo. Era a la vez el más modesto de los empleados y el más seguro de su puesto. Hacía diariamente la limpieza, en las horas de la madrugada, con un carro de aseo provisto de escobas, trapeadores, líquidos para brillo y toda clase de trapos. Era en su oficio un individualista que tiraba al canasto lo sucio e inútil y que retenía lo de valor, sin consultar con nadie. En dos ocasiones devolvió documentos trascendentales que habían ido a dar a la basura, no faltando, sin embargo, quien lo culpara de la maniobra para darse prestigio.

El negro con la cara achispada y sonriente comenzó a trapear con decisión, en tanto que Lucía se quedaba mano sobre mano.

— ¿Qué hace usted, Thomas? ¿No vé que estamos trabajando?

— Sí, Miss Lucy, ya lo vi.

Y siguió la limpieza sin hacer caso.

Lucía miró a Mr. Stagg en busca de ayuda, más éste permaneció silencioso, con los brazos cruzados, observando fijamente la labor del negro. Su rostro no revelaba ya ninguna alteración, aunque había en su mirada una curiosidad apasionada por lo que acontecía alrededor y cada gesto de Thomas al barrer o frotar las persianas con un trapo, estuviera lleno de un profundo significado. Así permaneció, en silencio, hasta enmudecer a Lucía. El mismo Thomas —que, desde luego, estaba borracho— recogió sus trastos y se fue cortado y sin hablar.

Lucía tenía una secreta manera para resolver todos sus problemas, un íntimo procedimiento, al que se aferraba con fe ciega. Cuando la vida seguía su curso normal, se sentía llena de una capacidad inagotable para el esfuerzo, más todo fuera que se alteraran los acontecimientos y que lo de aquí estuviera allá, o que algo insólito se ofreciera a sus ojos, para que naciera la angustia como un humo que le hacía mojar los ojos y acortar la respiración. La llamada telefónica a su Jefe y su largo silencio, la extraña irrupción del negro a la oficina en plena hora de trabajo y algo indefinido en el ambiente, le daban señales sin respuestas. El procedimiento íntimo de Lucía, en tales circunstancias (favor de guardar el secreto..!) consistía en sumirse profundamente en su trabajo y dejar que las cosas se ordenaran solas. Así fue que, al poco rato de teclear y trasegar renglones sintió que nada había pasado y que todo volvía a lo de siempre.

De pronto, rompió el silencio la voz de Mr. Stagg.

— Señorita Vernon, haga usted el favor de salir de la oficina.

Lucía se levantó de manera automática, cruzó el salón sin volver los ojos y cerró la puerta tras de ella. Lo hizo todo como una máquina puesta en marcha por un botón, sin darse clara cuenta del porqué de sus actos.

En el pasadizo sintió que la sangre le agolpaba la cara. Caminó de un lado al otro sin saber qué hacer; si preguntar a su jefe la causa de su salida, o permanecer afuera en la espera de una aclaración. Sentía en lo profundo que aquello no se arreglaría solo, como otras veces, y que era absurdo permanecer en el pasadizo, sin buscar solución.

Al fin de cuentas, bajó al piso inferior con la idea de pedir consejo al Segundo Jefe. Su indecisión se acrecentó al sentir la gran actividad de la oficina, en la que cada quien trabajaba a toda marcha, sin tiempo ni ganas para otra cosa.

El pupitre del señor Rodríguez se encontraba al fondo, rodeado por una pequeña valla de madera, que sólo daba a su recinto un valor simbólico de aislamiento, ya que podía observarse al mensajero depositar legajos de manera incesante, con sólo estirar el brazo desde fuera. Lucía demoró lo que pudo su entrevista, con el temor de parecer una necia; después de todo no le quedaba alternativa, porque irse a su casa, ni lo concebía.

El señor Rodríguez era un hombre joven, aunque la calvicie incipiente y los anteojos parecían refrenar su extraordinario vigor. Entró a la Compañía siendo un mozalbete y fue escalando posiciones hasta llegar a Segundo Jefe, puesto al que parecía destinado para toda la vida, sin lograr llegar jamás a la cima; al menos tal era el rumor de los empleados, quienes vieron desfilar a tres Gerentes extranjeros, mientras Rodríguez seguía en su puesto.

Lucía lo vio tan abstraído en su trabajo, que no se atrevió a interrumpirlo. Rodríguez leía de manera vertiginosa los documentos que el mensajero depositaba a la izquierda de su pupitre y después de firmarlos los hacía pasar a un cajón metálico situado a su derecha. No bien terminaba con un legajo de ellos, cuando llegan más, pareciendo aquéllo la labor de nunca acabar. A todo esto, sus dos teléfonos sonaban a cada instante, sin lograr con ello alejarlo de su labor, pues respondía a las llamadas sin dejar de leer los documentos. A veces sonaban los teléfonos a la par y Rodríguez respondía a uno de manera mecánica.

— Espere un segundo, que tengo otra llamada.

Procedía entonces a contestar el otro teléfono, con voz calmada, como si todo aquello formara parte de una rutina prevista y placentera.

Lucía permaneció de pie, fuera del recinto, porque sentía muy en sus adentros, que aquella precisa máquina de trabajo no daba para más y que cualquiera nueva labor era capaz de romperle la correa. Entró de manera tímida, a sentarse en una silla, en espera de atención. Rodríguez continuó su labor, sin darse cuenta de su presencia, más a los pocos minutos debió sentir que algo imprevisto se añadía a su tarea, porque miró a Lucía de manera fugaz y volvió luego a su trabajo con redoblada energía. Lucía tuvo el presentimiento de que Rodríguez usaba también su secreta manera para afrontar las situaciones anormales, lo que le produjo desaliento, porque consideraba aquéllo como una prenda íntima de mujer a la que no debían llegar los hombres.

El Segundo Jefe de la Union Pacific Corporation siguió despachando documentos durante un buen rato, en espera quién sabe de qué, hasta que no pudo más y preguntó sin alzar los ojos.

— ¿En qué puedo ayudarla, señorita Vernon?

Su voz era igual a la que usaba, al contestar los teléfonos, dando la idea de que había aprovechado su largo silencio para asimilar la nueva situación, a la rutina de su trabajo. Algo similar sucedió a Lucía, para su sorpresa, pues empezó a hablar con reposo, como si se tratara de un problema de todos los días.

— Mr. Stagg me ordenó salir de la oficina y no sé qué hacer ahora.

El señor Rodríguez demoró algo más de lo acostumbrado entre firma y firma, y luego preguntó con calma.

— ¿Eso es todo?

— No, no es todo —dijo Lucía, ya con la voz delgada—. Algo terrible le pasa a Mr. Stagg. Recibió una llamada telefónica que lo dejó pálido, como si se fuera a morir. Después me ordenó salir, sin ningún motivo.

El señor Rodríguez dejó la pluma sobre el escritorio y se enfrentó a Lucía.

— ¿Qué quiere usted que yo haga?

— No sé, tal vez pudiera subir un momento, para ver lo que ocurre.

— No tengo motivos para interrumpir a Mr. Stagg. Además estamos a fin de mes y estos documentos deben despacharse hoy mismo.

Dirigió una mirada salvadora al mensajero que venía cargado de papeles.

Lucía se llevó el pequeño pañuelo a los ojos, en un esfuerzo por contener las lágrimas, pero no pudo con los sollozos.

— Yo creo que ha pasado una tragedia...

El señor Rodríguez la miró con espanto por unos segundos, hasta levantarse bruscamente y decir con súbita decisión.

— Venga usted conmigo. Vamos a ver a Mr. Stagg.

Lucía lo siguió por el corredor y pudo ver que su firme paso aminoraba al acercarse a la puerta. Al llegar se detuvo y miró hacia atrás, con la esperanza tal vez, de un cambio de opinión. Lucía permaneció silenciosa hasta que la puerta se abrió.

Sentado en la silla giratoria de Mr. Stagg, estaba un hombre viejo, con lentes caídos sobre la nariz. Vestía color de azufre y el

nudo de la corbata le colgaba a medio hacer en el pecho. La gaveta en donde Mr. Stagg guardaba sus archivos personales se veía abierta y en el escritorio se agrupaban los folios recién extraídos.

Las manos del viejo, nudosas y enormes parecían garras; la piel seca y tostada por el sol daba la idea del gringo cocinado por el trópico.

El viejo alzó los ojos azules y penetrantes, por encima de los anteojos.

— Qué quieren ustedes.

Habló duro, con acento de capataz extranjero.

El señor Rodríguez quedó mudo de la sorpresa. Al fin logró articular:

— ¿Mr. Stagg...? ¿Dónde está Mr. Stagg?

El viejo dejó los papeles sobre la mesa, para mirar al señor Rodríguez de arriba a abajo.

— Mr. Stagg debe estar en el infierno. Cierre la puerta al salir.

Las erres le sonaban como una carreta sobre un pedregal.

El señor Rodríguez dio la vuelta y salió sin replicar. Lucía lo esperaba anhelante en la puerta.

— ¿Quién es ese hombre?

— No sé —contestó Rodríguez con voz temblorosa—. No tengo la menor idea.

Lucía lo siguió en su retorno a la oficina.

— ¿Entonces, por qué registra los documentos...?

— Mire, señorita Vernon. Puede irse a casa, el resto del día. Yo mismo me hago responsable de su ausencia. Estoy seguro que mañana cuando regrese al trabajo, todo se habrá aclarado.

Sin esperar respuesta se sepultó en su oficina.

Lucía se sintió otra, al día siguiente. Después de tomar sus cereales con leche y de poner en marcha el viejo Opel, oyó de nuevo cómo rechinaba la hamaca de todos los días y se dejó mecer como una niña. No quiso recordar nada del día anterior; sólo deseaba ver de nuevo a Mr. Stagg y trabajar como siempre, sin preguntar siquiera quién era aquel viejo diablo que ocupó su sitio.

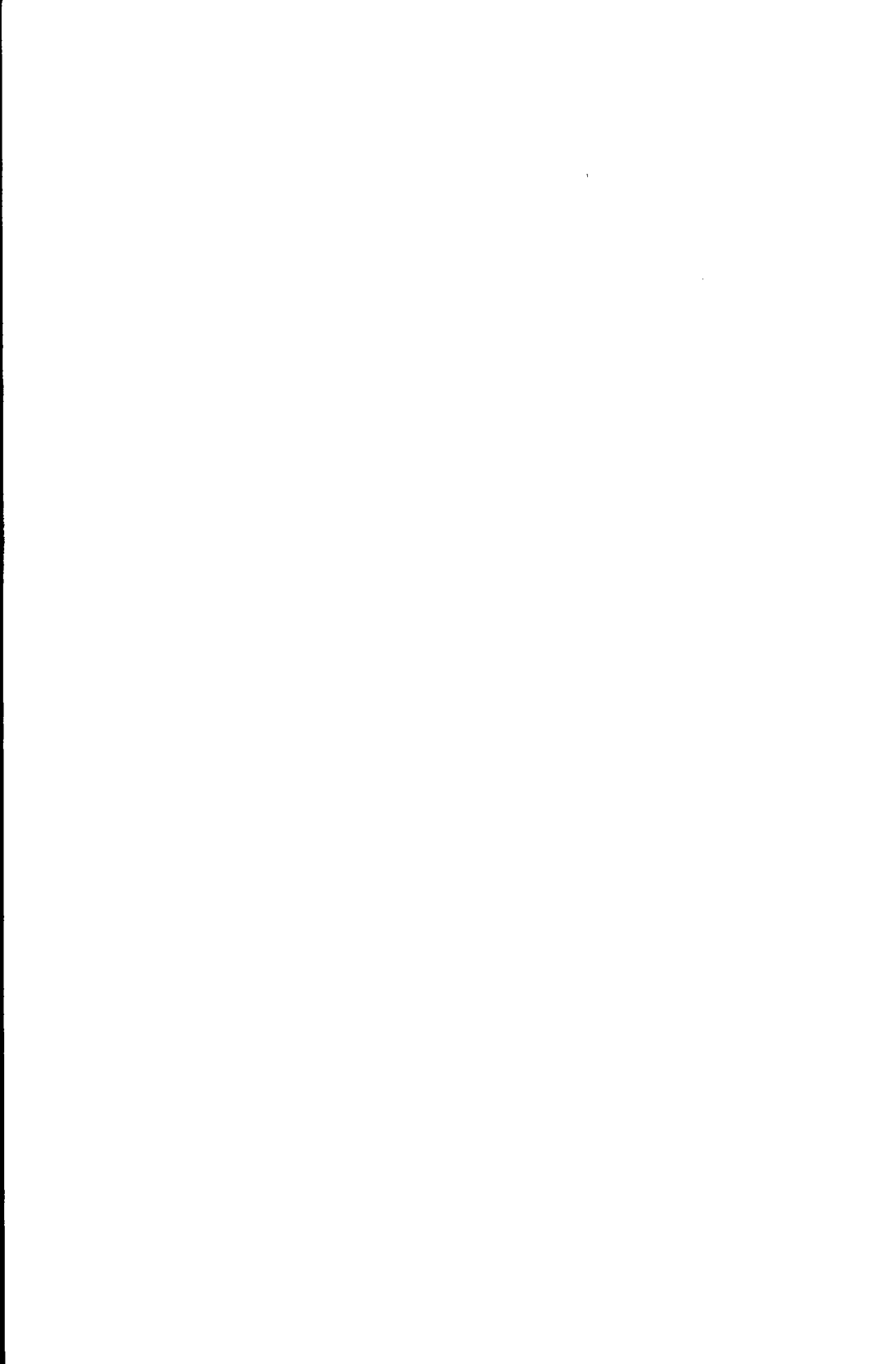
Al llegar a la oficina sintió reafirmar su confianza, con la llegada de los empleados a la hora justa. Subió las escalerillas y atravesó el corredor embebida por el aire de siempre. Al abrir la puerta quedó muda.

El señor Rodríguez, en mangas de camisa, ocupaba la silla del Jefe; en su rostro se adivinaban las largas horas de trabajo, pero también una alegría irrefrenable. Los documentos formaban columnas a su lado, como si no hubiera dejado papel sin revisar.

El señor Rodríguez miró a la señorita Vernon con la cara sonriente y dijo con voz de todos los días:

— Pase usted Lucía, tenemos un trabajo enorme por hacer...

SORTEOS



**LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS – DOMINICALES**

**EL BILLETE ENTERO COMPRENDE 120 FRACCIONES DIVIDIDOS
EN CUATRO SERIES c/u. CADA UNA DE 30 FRACCIONES
DENOMINADAS A. B. C. Y D.**

PREMIOS MAYORES

| | | | |
|---------------------------------------|--------------|------|---------------|
| 1 Premio Mayor, series A. B. C. y D | B/ 30,000.00 | c/s. | B/ 120,000.00 |
| 1 Segundo Premio, series A. B. C. y D | 9,000.00 | c/s. | 36,000.00 |
| 1 Tercer Premio, series A. B. C. y D | 4,500.00 | c/s. | 18,000.00 |

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

| | | | |
|--|----------|------|------------|
| 18 Aproximaciones, series A. B. C. y D | 300.00 | c/s. | 21,600.00 |
| 9 Premios, series A. B. C. y D. | 1,500.00 | c/s. | 54,000.00 |
| 90 Premios, series A. B. C. y D. | 90.00 | c/s. | 32,400.00 |
| 900 Premios, series A. B. C. y D. | 30.00 | c/s. | 108,000.00 |

DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

| | | | |
|---|--------|------|----------|
| 18 Aproximaciones, series A. B. C. y D. | 75.00 | c/s. | 5,400.00 |
| 9 Premios, series A. B. C. y D. | 150.00 | c/s. | 5,400.00 |

DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

| | | | |
|--|-------|------|----------|
| 18 Aproximaciones, series A. B. C. y D | 60.00 | c/s. | 4,320.00 |
| 9 Premios, series A. B. C. y D | 90.00 | c/s. | 3,240.00 |

1,074

TOTAL DE PREMIOS: B/408,360.00

**PRECIO DE UN BILLETE ENTERO B/ 66.00
PRECIO DE UNA FRACCION 0.55**

NUMEROS FAVORECIDOS EN LOS SORTEOS VERIFICADOS
POR LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
LOS DOMINGOS DE ENERO DE 1973

| SORTEOS | No. | PRIMERO | SEGUNDO | TERCERO |
|----------|------|---------|---------|---------|
| Enero 7 | 2811 | 1801 | 6911 | 2764 |
| Enero 14 | 2812 | 1318 | 4342 | 7122 |
| Enero 21 | 2813 | 0436 | 2333 | 5548 |
| Enero 28 | 2814 | 6940 | 2807 | 6351 |

**LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
PLAN DE LOS SORTEOS INTERMEDIOS – MIERCOLES**

**EL BILLETE ENTERO COMPRENDE 75 FRACCIONES DIVIDIDOS
EN TRES SERIES, CADA UNA DE 25 FRACCIONES DENOMINADAS
A. B. Y C.**

PRIMER PREMIO

| | | | |
|-------------------------------------|--------------|------|--------------|
| 1 Premio Mayor, Series A. B. y C. | B/ 25,000.00 | c/s. | B/ 75,000.00 |
| 1 Segundo Premio, Series A. B. y C. | 7,500.00 | c/s. | 22,500.00 |
| 1 Tercer Premio, Series A. B. y C. | 3,750.00 | c/s. | 11,250.00 |

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

| | | | |
|--------------------------------------|----------|------|-----------|
| 18 Aproximaciones, Series A. B. y C. | 250.00 | c/s. | 13,500.00 |
| 9 Premios, Series A. B. y C. | 1,250.00 | c/s. | 33,750.00 |
| 90 Premios, Series A. B. y C. | 75.00 | c/s. | 20,250.00 |
| 900 Premios, Series A. B. y C. | 25.00 | c/s. | 67,500.00 |

DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

| | | | |
|--------------------------------------|--------|------|----------|
| 18 Aproximaciones, Series A. B. y C. | 62.50 | c/s. | 3,375.00 |
| 9 Premios, Series A. B. y C. | 125.00 | c/s. | 3,375.00 |

DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

| | | | |
|------------------------------------|-------|------|----------|
| 18 Aproximaciones, Series A. B. C. | 50.00 | c/s. | 2,700.00 |
| 9 Premios, Series A. B. C. | 75.00 | c/s. | 2,025.00 |

1,074 TOTAL DE PREMIOS B/. 255,225.00

| | |
|-----------------------------|----------|
| PRECIO DE UN BILLETE ENTERO | B/ 41.25 |
| PRECIO DE UNA FRACCION | 0.55 |

**NUMEROS FAVORECIDOS EN LOS SORTEOS VERIFICADOS
POR LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
LOS MIERCOLES DE ENERO DE 1973**

| SORTEOS | No. | PRIMERO | SEGUNDO | TERCERO |
|----------------|------------|----------------|----------------|----------------|
| Enero 3 | 322 | 6019 | 2447 | 6797 |
| Enero 10 | 323 | 2698 | 2497 | 0044 |
| Enero 17 | 324 | 0907 | 2589 | 0979 |
| Enero 24 | 325 | 9674 | 0313 | 4195 |
| Enero 31 | 326 | 4256 | 3323 | 6226 |

REPUBLICA DE PANAMA
 LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
 DIRECCION GENERAL

PLAN DEL SORTEO EXTRAORDINARIO No. 2825 DEL 15 DE ABRIL DE 1973
 EL BILLETE ENTERO COMPRENDE 10 FRACCIONES
 A B/.1.10 CADA FRACCION

PREMIOS MAYORES

| | | <u>FRACCION</u> | <u>BILLETE ENTERO</u> | <u>TOTAL DE PREMIOS</u> |
|---|----------------|-----------------|-----------------------|-------------------------|
| 1 | PREMIO MAYOR | B/ 10,000.00 | B/ 100,000.00 | B/ 100,000.00 |
| 1 | SEGUNDO PREMIO | 4,000.00 | 40,000.00 | 40,000.00 |
| 1 | TERCER PREMIO | 1,500.00 | 15,000.00 | 15,000.00 |

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

| | | | | |
|-------|--------------------------------|--------|----------|-----------|
| 9 | Premios—Cuatro Primeras Cifras | 500.00 | 5,000.00 | 45,000.00 |
| 9 | Premios—Cuatro Ultimas Cifras | 500.00 | 5,000.00 | 45,000.00 |
| 90 | Premios—Tres Primeras Cifras | 50.00 | 500.00 | 45,000.00 |
| 90 | Premios—Tres Ultimas Cifras | 50.00 | 500.00 | 45,000.00 |
| 900 | Premios—Dos Primeras Cifras | 2.00 | 20.00 | 18,000.00 |
| 900 | Premios—Dos Ultimas Cifras | 2.00 | 20.00 | 18,000.00 |
| 9,000 | Premios—Ultima Cifra | 1.10 | 11.00 | 99,000.00 |

DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

| | | | | |
|----|--------------------------------|--------|----------|-----------|
| 9 | Premios—Cuatro Primeras Cifras | 300.00 | 3,000.00 | 27,000.00 |
| 9 | Premios—Cuatro Ultimas Cifras | 300.00 | 3,000.00 | 27,000.00 |
| 90 | Premios—Tres Primeras Cifras | 15.00 | 150.00 | 13,500.00 |
| 90 | Premios—Tres Ultimas Cifras | 15.00 | 150.00 | 13,500.00 |

DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

| | | | | |
|----|--------------------------------|--------|----------|-----------|
| 9 | Premios—Cuatro Primeras Cifras | 200.00 | 2,000.00 | 18,000.00 |
| 9 | Premios—Cuatro Ultimas Cifras | 200.00 | 2,000.00 | 18,000.00 |
| 90 | Premios—Tres Primeras Cifras | 10.00 | 100.00 | 9,000.00 |
| 90 | Premios—Tres Ultimas Cifras | 10.00 | 100.00 | 9,000.00 |

11,397

TOTAL DE PREMIOS B/ 605,000.00

EMISION 100,000 BILLETES
 PRECIO DE UN BILLETE ENTERO B/.11.00
 PRECIO DE UN DECIMO O FRACCION B/. 1.10